

BOLSILIBROS



SERVICIO SECRETO



# fugitivos en la jungla

peter debry



Intensa novela que, entremezclando géneros narrativos, cuenta una historia donde el héroe, acusado de un crimen que no cometió, tiene la oportunidad de crecer y madurar pasando de una ira feroz y destructiva que le carcome a la generosidad y el amor que le redime.

Guy Marly es un joven delincuente parisino; en Nochebuena, tras robar en un hotel, tiene la oportunidad de conocer una bella florista, Yvette, con la que mantiene una intensa relación. Al día siguiente es detenido acusado de la muerte del hombre a quien robó.



Peter Debry

# **Fugitivos en la jungla**

**Bolsilibros - Servicio Secreto - 1114**

ePub r1.2

Titivillus 29.11.2019

Título original: *Fugitivos en la jungla*  
Peter Debry, 1971

Editor digital: Titivillus  
ePub base r2.1





**SS**

**SERVICIO SECRETO**



## CAPÍTULO PRIMERO

Guy Marly no tenía nada de sentimental, aunque a primera vista, su aspecto físico sugería la imagen ideal del noble espíritu dedicado a las bellas artes.

Su largo cabello castaño, con rebelde mechón surcando la frente, los claros ojos azules, la recta nariz corta, y toda la perfección de sus rasgos faciales, hacía suspirar a muchas mujeres.

Pero el inspector Marcel Juvex, de la Brigada Criminal, además de no sufrir la menor desviación, tenía fama de cínico.

Otros decían que era un observador demasiado acertado, y que fatalmente solía pronosticar con tino el futuro de todo delincuente.

Ejercía sus funciones en el distrito que abarcaba la ribera izquierda del Sena, entre el puente de la Concordia y el de Saint Michel, hasta los linderos de la patria de los bohemios, Montparnasse.

Cuando, en cierta ocasión, el inspector Juvex pasaba casualmente por el despacho de un colega que estaba interrogando a Guy Marly, se quedó a escuchar.

Guy Marly se defendía inteligentemente de la acusación de haber participado en una visita nocturna y clandestina a un hotel del centro, donde una millonaria inglesa encontró a faltar un cofre con sus joyas.

El colega de Juvex despidió a Marly, casi con afabilidad:

—Vete, amiguito. Acabas de cumplir veinte años de edad, y, sin embargo, me das ya la impresión de un sujeto muy duro de pelar. Pero ya caerás, ya caerás... Anda, vete.

Guy Marly efectuó una retirada perfecta.

Sin exagerar la nota, y en silencio, representaba perfectamente al ciudadano virtuoso, calumniado y ofendido.

Apenas salió, el colega consultó con la mirada a Juvex, el cual, como tenía por costumbre cuando meditaba a fondo, se pellizcaba el lóbulo de la oreja izquierda.

Corría el rumor de que este pellizco y estirón era para poner en marcha su cerebro.

Porque aparentemente, Marcel Juvex no daba la sensación de ser

muy despejado.

—Este angelito es un mal bicho —sentenció Juvex—. ¿Cómo se llama?

—Guy Marly.

—Cara de serafín con alma de jabalí. Dará trabajo.

Y Guy Marly «dio trabajo». Muy pronto.

Aquel mismo año, el día veinticuatro de diciembre, la llovizna helada se dignó descansar a partir de las siete de la tarde, después de actuar incesantemente días y noches.

Un simple detalle meteorológico, no previsible, y que, sin embargo, fue el que estuvo a punto de conducir a la guillotina a Guy Marly.

A las seis y media de aquella tarde, Guy Marly efectuaba una visita.

A las siete menos dos minutos abandonaba el piso, por una ventana, y bajaba por la tubería del desagüe de tejados, con la convicción de que la lluvia borraba sus huellas.

Pero apenas pisaba el suelo firme, y dando un rápido rodeo, salía a otra calle para llamar un taxi, dejó de llover.

Un hecho que le pasó inadvertido, porque del taxi saltó a un pórtico entoldado, y penetró en el suntuoso bar antesala del Crillón.

Sentíase feliz. Había dado el «gran golpe».

Una serie de billetes crujientes, de mil francos, se repartían por fajos de veinte entre los bolsillos interiores de su americana, pantalón y abrigo.

Un total de doscientos cuarenta mil francos. La fortuna. Y, además, era Nochebuena.

Saboreó con euforia tres sucesivos Cinzano, como preliminar a la selecta cena que pensaba encargar.

Se disponía a llamar al maestresala para hacer su reserva de mesa, cuando vio en la puerta lateral a una mujer que trataba de vencer la resistencia que le oponía un portero uniformado.

Guy Marly no podía argumentar la razón de su secreto odio hacia los porteros de locales lujosos.

Desde pequeño, cada vez que divisaba la briosa arrogancia de aquellos individuos, revestidos de tiesa ufanía, con uniformes rutilantes, le entraban deseos de arrojarles tronchos de col.

Era el proyectil que consideraba el más infamante.

En el forcejeo entre la muchacha que quería entrar y el portero que se oponía, se desparramaron por el suelo los ramitos de violetas.

Volcándose con la cesta cuadrada que colgante del cuello llevaba la que ahora desconsolada miraba en el suelo el estropicio, porque los zapatos del portero pisoteaban en digna retirada.

Fue un impulso repentino. Guy Marly se levantó, y cruzando entre mesas, desocupadas a aquella hora, vino a señalar el suelo.

Vestía con elegancia, y en ciertos momentos, sus ojos azules y la crispación de sus mandíbulas no tenían nada de soñador ni de artista.

Conminó secamente al portero:

—Usted, recoja. Compró.

Tres palabras nada más. El portero titubeó un instante. Pero vio más allá la mirada imperiosa del gerente, que se había aproximado. Se inclinó y fue recogiendo ramilletes.

Guy Marly había obedecido a su antiguo rencor contra la arrogancia estúpida de aquellos cancerberos que parecían defender el acceso a grutas maravillosas.

No sabía aún si la florista era vieja, joven, guapa o fea. Preguntó:

—¿Cuánto vale tu cesta, jardinera?

Ella miró con embeleso al caballero que había acudido en su defensa. En la cesta iban cayendo los ramilletes que el portero acababa ya de reunir.

—Cinco francos por ramillete, señor. Hay dos docenas.

El portero tocó la visera de su gorra, y Marly le dejó llegarse hasta la puerta. Cuando ya tocaba el abridor, dijo:

—Usted, oiga... Tome, buen hombre. Quien siembra, debe recoger.

Ondeaba el extremo de sus dedos un billete de diez francos, que el portero cogió con sonrisa servil, aunque íntimamente dedicaba calificativos poco limpios a su propineador.

Marly miró ahora a la indecisa florista. Más tarde, cuando acumuló rencores en el Pozo del Diablo, consideraba aquella Nochebuena como resultante de una mala asimilación de los tres Cinzano en seco.

No quería reconocer que se enamoró en el espacio de unas horas, y que tal fenómeno en su existencia se debió a una complicidad de factores coincidentes.

Saberse rico, encontrarse solo siendo Nochebuena, y la arrobada sumisión con la que la florista, apenas salida de la adolescencia, le contemplaba.

—Te acompañaré hasta tu casa, jardinera —sonrió Marly.

Muy raras veces era amable, y por esta misma razón tal vez, su amabilidad era convincente y agradable.

La cogió por el codo, para salir del suntuoso local donde suscitaban la curiosidad de la dependencia.

En la calle, brillando el asfalto y reverberando la policromía de los escaparates, manifestó Marly:

—Si quieres llegar antes a tu casa, cogeremos un taxi, jardinera.

—Como usted quiera, señor. Me llamo Yvette.

En el interior del taxi, preguntó Marly:

—¿Adónde, Yvette?

—Adonde usted quiera, señor.

Rió Marly, complacido. Desde temprana edad, era un experto caminante de los barrios bajos. Aquella muchacha no era una buscona.

Indicó al chófer:

—Llévenos por los Campos Elíseos.

Arrancó el coche, y Marly enrolló un billete de mil, insertándolo en uno de los ramilletes.

Ella balbució:

—Es demasiado dinero, señor.

—Me llamo Guy. No sé si te das cuenta que estamos en Nochebuena, y cada año veo que la gente hace lo mismo. Van de tienda en tienda, se llenan primero los ojos mirando escaparates, y después los brazos con paquetes. Compran *boudin*, ostras, vino blanco, pollo o faisán, champaña... Tonterías. ¿Qué cenarás esta noche, Yvette?

—Lo de siempre.

Ella respondía tímidamente. Había oído decir que los muchachos que desde la cuna estaban acostumbrados a tener todo cuanto se les antojaba eran raros y caprichosos.

—Pero esta noche te resultará distinto. Hasta verás más guapo a tu novio.

—No tengo novio, señor.

—¿Es que en París ya no hay hombres de buen gusto? Eres preciosa, Yvette, ahora que me fijo... Tus ojos son como tus violetas, y tu cabello tiene el cálido color encendido de la rosa encendida.

La pelirroja Yvette, murmuró:

—El señor es poeta. Lo adiviné enseguida.

—Si no lo soy, por lo menos tú esta noche me inspiras poesía. Me gustaría que cenases conmigo, y así no estaría tan solo.

—Yo tampoco estaría tan sola.

—Podríamos ir a una *guinguette*, donde los acordeones saben gemir y reír. No hay nada como la música de acordeón, Yvette.

Los acordeones del restaurante al borde del Sena se hicieron cómplices del decorado de glorietas, bajo techo, y paredes de flores artificiales, trenzadas en los enrejados de madera verde.

No hubo artificio, sino impulso natural, en el primer beso. Era como si se conocieran desde la infancia.

En sus caricias estaban uniendo dos soledades en la más hermosa de las noches del año.

Cuando a las dos de la madrugada un taxi los llevaba al centro de la capital, prometió Marly:

—Mañana, o mejor dicho, hoy, nos veremos. Por la tarde, a eso de las siete. En la esquina de Clichy con Rochechouart.

Ella asintió, y antes de descender, ofreció de nuevo sus labios.

Se separaron con el convencimiento de que el mundo ya era distinto, que algo había cambiado en sus vidas.

No debían verse nunca más.

\* \* \*

El inspector Marcel Juvex avisó a los dos agentes que le acompañaban:

—Mucho ojo. Este mozo no es de los que se entregan como mansos corderos.

Guy Marly tenía alquilado un cuartucho en un hotel de tercera clase, del que era huésped permanente desde sus diecisiete años.

Se afeitaba, silbando alegremente, cuando llamaron a la puerta. Fue a abrir con la mitad de la cara enjabonada.

Conocía de vista al que entró, casi desilusionado, porque Juvex había esperado la natural resistencia de un asesino, y se encontraba con un muchacho sonriente.

—Lávate la cara y ven con nosotros, Marly. No te pongas tonto, porque mis dos compañeros son nerviosos y tienen el gatillo fácil.

—De acuerdo, pero no voy a ir con la mitad de la cara afeitada.

—Termina pronto y cuidado con los manejos.

Ante el espejo, Marly fue pasándole con esmero la navaja.

El inspector Juvex, sentándose, se pellizcó el lóbulo de la oreja.

Bajo el chorro, Marly se frotó vigorosamente la cara. Mientras se secaba, indagó:

—¿Puede saberse qué pasa?

—Ya tendrás tiempo sobrado de enterarte. Anda, presenta las manos, y sin jaleo.

En la conciencia fácil de Marly no existía más que un reproche: no haberse ido la noche anterior fuera de Francia. Pero el dinero estaba en lugar seguro, y sería difícil que pudieran demostrarle nada.

Tendió dócilmente las manos, y unas esposas se cerraron en torno a sus muñecas.

Y tardíamente, comprendió que la policía francesa estaba muy capacitada. Al pie de un tubo de desagüe, en el barro que no volvió a fundirse hasta media mañana, en que la lluvia reanudó su actividad, habían quedado impresas claramente dos suelas y dos tacones.

Unos zapatos con resalte inferior, dando la marca del fabricante. Un lujo de Marly, el hacerse a medida unos flexibles zapatos que el artesano reconoció por la seña marcada en el barro, como vendidos al joven Guy Marly.

Negó Marly obstinadamente haberse apoderado del contenido de una valija, en la que un vinatero de Bretaña había guardado los doscientos cuarenta mil francos, producto de sus cobros en varios almacenes.

Pero lo que negó con furia rayana en el paroxismo de la exasperación fue haber estrangulado al vinatero.

Pudo haber dicho que penetró en el piso, provisto de ganzúa y matraca. Que no tuvo que emplear la matraca, porque el vinatero se encontraba en el cuarto de baño, donde canturreaba con muy mal oído.

Que en menos de cinco minutos localizó la valija, descerrajándola y vaciándola. Que abandonó el piso por la ventana.

Y que aún seguía el vinatero en el cuarto de baño, muy vivo, porque si bien ya no cantaba, de vez en cuando emitía toses de fumador asmático.

Marly resistió todos los interrogatorios, persistiendo en una constante negativa de todos los cargos.

El inspector Juvex, harto por lo que consideraba un cinismo imperdonable, dijo la fórmula habitual, aunque con una variante:

—Dadle marcha. Pero este jabalí no cantará.

Le dieron marcha, y Marly empleó también puños y pies. Al tercer día, agotado, tenía aún fuerzas para negar el robo y el asesinato.

Los billetes robados no estaban relacionados en lista numérica. El inspector Juvex fue reconstruyendo todas las andanzas de Marly desde las siete hasta las dos de la madrugada de la Nochebuena.

En la *guinguette* había comprado el acordeón de uno de los músicos. Un chófer de taxi recordaba sus dos clientes, una hermosa pareja que «se habían arrullado con fervor de recién casados».

Recordó también que había dejado a Marly cerca de la estación del Norte. En la consigna, el inspector Juvex encontró el acordeón con su caja maletín.

Desmontado el fuelle, aparecieron los billetes de Banco. Faltaban tres.

Las pruebas acumuladas eran más que suficientes, y en la celda de la Santé, el abogado defensor que vino a visitar a Marly se lo hizo comprender:

—La constante negativa te perjudicará, muchacho. Si reconoces tus delitos, me será posible invocar locura pasajera, que en tu caso, iría de perlas. Citaré la cena con una florista a la que no conocías, y pediré el testimonio de un psiquiatra. El alegato saldrá bordado. «¿Es posible imaginar siquiera, señores del jurado, que mi defendido, tras robar y asesinar, sí estuviera en sus cabales...?».

—¡Fuera! —Silabeó sombríamente Marly—. ¡Fuera, idiota!

El abogado había oído epítetos más ofensivos. Arguyó:

—Lo idiota es persistir en negar el robo, amiguito, porque es evidente. Podemos apoyarnos en la negativa de asesinato y en la eximente de...

Retrocedió hasta la cancela, golpeando con su anillo un barrote, y acudió el celador.

Guy Marly parecía a punto de enloquecer, mientras puños en alto, repetía:

—¡Yo no maté! ¡Yo no maté!

La vista del proceso tuvo lugar en febrero. El testimonio de Yvette

Leclerc fue leído por el defensor. La testigo no podía presentarse porque estaba gravemente enferma. Una pulmonía.

Las pruebas eran abrumadoras. El fiscal casi dio a entender que en aquel caso, su labor era meramente un formulismo.

Sin embargo, agitó con énfasis sus amplias mangas, al retratar psicológicamente al acusado:

—... Un típico criminal nato que nuestra sociedad debe eliminar, como el honrado campesino arranca la mala hierba de sus campos. Guy Marly, por su edad, debía a no tardar cumplir con su deber para con la patria. ¡Alí, señores del jurado! Francia necesita soldados, pero yo prefiero que la guillotina cumpla con su deber para con la patria francesa, antes que tolerar que un monstruo como Guy Marly mancille el uniforme de soldado francés.

El defensor luchó sin convicción. El jurado deliberó brevemente. Estaban de acuerdo en que la sentencia de muerte era la única justa.

—Yo he hablado con el inspector Juvex —dijo uno de ellos—. Ya lo conocéis. Es inflexible, casi implacable, y, sin embargo, tiene sus dudas. Ya sé, ya sé... Es evidente que Marly robó, pero dice el inspector Juvex, y conoce bien la mentalidad de los asesinos, que hay un fallo en la actitud de Marly.

El inspector Juvex fue convocado privadamente por el jurado. Se pellizcó el lóbulo de la oreja, al replicar:

—Yo no digo que Marly sea inocente. Ha robado, y posiblemente, estranguló. Pero hay un fallo. Guy Marly no se hubiera dejado detener tan fácilmente, al verme, si hubiese asesinado. Es estúpida mi corazonada, pero persisto en que si Marly fuese el estrangulador, no habría terminado de afeitarse tranquilamente cuando fui a detenerle. Nos habría dado trabajo, en vez de tender dócilmente las zarpas.

La corazonada del inspector Juvex influyó en la sentencia.

Veinte años de trabajos forzados en La Guayana.

En el barco transporte de presidiarios y correílo con San Lorenzo del Maroní, Guy Marly tenía dos obsesiones.

Escapar y no descansar hasta que viera morir entre sus manos al inspector Marcel Juvex.

## CAPÍTULO II

La Administración penitenciaria de Francia disponía de una colonia presidaria especial. Un infierno que ni el Dante nunca imaginó.

Geográficamente, era un espacio de unas treinta y cinco mil millas cuadradas, con el Atlántico por frontera al Norte, la Guayana holandesa al Oeste, marcada la separación por el río Maroní, y al Sur y al Este la jungla amazónica del Brasil.

La capital, Cayena, instalada en la desembocadura del río de su nombre, tiene a unas veinticinco millas de distancia al Noroeste, las famosísimas islas de La Salud.

Un apelativo irónico, bajo el que se agrupaban unas cuantas islas, cada una con nombres tan sardónicos como islote del Niño Perdido, Roquizo del Endeble, montes Pecadores, isla del Diablo...

En la isla del Diablo, los albañiles no tuvieron que edificar celdas, sino ahondar pozos, encalarlos, y como techo empotrar rejas.

Los oficiales de prisiones para aludir a la isla del Diablo, la denominan Crisol, con acierto.

Los pozos celda son el crisol donde se aquilata el verdadero temple de un hombre.

Cuando el barco transporte descargaba a los condenados, éstos, individualmente, pasaban a ocupar uno de los pozos.

Habían de permanecer allí por un período de veintiún días. Si se contentaba con insultar al guardián, que una vez por día hacía descender un jarro de agua y una barra de pan, al extremo de una soga, el carcelero, bonachón, sonreía complacido.

Quedaba comprobado que el aprendiz de presidiario era de «buena pasta» y se desahogaba, cosa excelente, lanzando invectivas.

En cambio, los guardianes estimaban peligroso al que se mantenía en hosco silencio, y no sólo no insultaba, sino que no preguntaban nada.

Entonces doblaban la estancia. Pocos permanecían silenciosos hasta el término de los cuarenta y dos días con sus noches, sin hablar.

Al día cuarenta y dos, Guy Marly seguía silencioso.

Se habían dado otros casos semejantes, y la Administración tenía

archivados aquellos casos, cuyas distintas reacciones habían tenido un final idéntico.

Intento de agresión a carcelero, seguido de intento de huida.

Y el mismo epílogo. Un vientre de tiburón, o las balas de un rifle.

De la remesa reciente, únicamente tres habían permanecido en silencio, durante la doble etapa de observación de cuarenta y dos días en total.

Y los tres, con un grillete en el tobillo derecho, y sosteniendo entre las manos la esfera de hierro, fueron invitados a salir del pozo por cuatro guardianes armados.

Los rifles les señalaban el camino a través de la explanada caliza moteada de rejas, hacia el caserón de alojamientos y oficinas.

Penetraron los tres en una sala espaciosa, donde tras una mesa, un individuo próximo a la jubilación se abanicaba cansinamente.

El clima de las Guayanas anemiaba. El director de la isla del Diablo muchas veces pensó que sus treinta y ocho años de servicio equivalían a una condena.

Miró los tres expedientes que tenía sobre la mesa. Los condenados eran para él un número y un expediente.

Hizo su habitual discurso de recepción:

—Vais a ser trasladados a las canteras de Cayena. No sois colegiales ni vulgares rateros, sino asesinos. El tribunal ya os sentenció y no voy yo a erigirme en juez. Aquí estáis para pagar vuestras culpas. Si os portáis bien, tanto mejor para mis funcionarios. Cada uno de vosotros sólo tiene una idea fija: huir.

Hizo una pausa para abanicarse con más vigor, antes de proseguir:

—No os lo reprocho, y me limito solamente a indicaros que cada diez años, de un millar que intenta huir, uno lo consigue. Los otros novecientos noventa y nueve alimentan a un tiburón, o caen bajo las balas de mis funcionarios. ¿Os figuráis que nos gusta? Al tiburón sí, pero a nosotros no.

Los tres silenciosos atestiguaban su calidad de tales.

Guy Marly tenía a su izquierda un coloso de cara picada de viruelas, que parecía calcular mentalmente el peso de la esfera entre sus manos.

A su derecha, un individuo menudo, de perfil de hurón, cuyo párpado izquierdo estaba surcado por una cicatriz rojiza, que le obligaba a mantener semicerrado el ojo, dándole un guiño

permanente y siniestro.

El director cogió uno de los expedientes y leyó:

—718, por nombre Carrel, Augusto. Por apodo, Gugus. Quince años de condena. Atraco a mano armada, asesinato de un dependiente, dos transeúntes y un policía. Y estás muy orgulloso de la hazaña. El resto de la banda de la que formabas parte dejó la cabeza en el cesto. Tú la conservas sobre los hombros porque estabas al volante y no disparaste. Pero si te hubiese tocado disparar, lo habrías hecho tal vez aún mejor que tus compinches. ¿Quieres decirme algo, Gugus?

Carrel, más conocido por Gugus, torció la boca como si fuera a escupir, y gruñó:

—Me quedan quince tacos de calendario por contemplar, pero tú, viejales, pronto estarás en el pozo del que nunca se sale. ¡Eso es lo que te digo, perro!

Uno de los guardianes alzaba ya la culata para asestar un tiro elocuente en los riñones del 718, pero el director denegó con la mano.

—Ya he oído el desagradable timbre de tu voz, Gugus. Es triste tenerte que decir que casi prefiero la tumba a tu destino. Veamos ahora el número... número 566.

El coloso picado de viruelas se irguió fanfarrón, recitando:

—Teodoro Lavern, sin apodo, nacido en Marsella, veintisiete años cumplidos, de oficio calafateador, condenado a veinte por haber rajado en canal a un tabernero que echaba agua en el vino, sin ser cura, y, por tanto, carecer de licencia para bautizar.

»Lo apuñalaste para quedarte con su cartera. Lavern. La lástima es que hasta entonces trabajabas al menos un día de cada semana, remozando los cascos de buque. Te ensañaste con el tabernero, y heriste gravemente a su esposa. ¿Quieres decirme algo más, Lavern? Encogiéndose de hombros, Lavern replicó:

—Los tiburones me son más simpáticos que los animales del rifle.

—A nosotros también nos resultan más simpáticos los tiburones que los asesinos. Veamos el tercero, número 815. Guy Marly sin apodo, veinte años por robo y estrangulamiento. Señalado como «cabeza fuerte». Cuidado, Marly. Esta coletilla en tu expediente puede costarte disgustos. Aquí, en Cayena, los cabezas fuertes se la estrellan contra las paredes. Eres joven. ¿Qué quieres decirme?

—Que se ahorre los sermones. Ya dijo usted que no estamos en el colegio. Si hemos de picar piedra, a ello.

—A ello, pues. Os he reunido a los tres, porque sois los que habéis callado durante cuarenta y dos jornadas. Os dedicarán especial atención, porque aquí preferimos a los charlatanes. Por si os interesa recordarlo, existen reducciones de pena. Podéis ser «libertos» a media condena. Ya sabréis pronto en qué consiste ser liberto. Adiós.

Una lancha transportó a veinte presidiarios a la cantera de Cayena. Salvo el grillete al tobillo y la esfera de hierro, podían figurarse que eran picapedreros libres.

Se divisaba algún guardián por encima de las rocas, otros paseando, y no había rejas en el gran caserón donde al caer el día se encerraban los treinta componentes de la Brigada Octava de la Cantera Décima.

Los primeros días, cada cual procuraba mantenerse en un apartamento hostil. Después, el ambiente iba haciéndose familiar. Unos contaban sus proezas con bestial jactancia y las que pensaban aún realizar.

Fuera del caserón, después de recibir en el cuenco de madera una sopa bastante nutritiva, cada cual cogía el instrumento designado. Un pico, una pala o un mazo.

Lo soltaban al mediodía, cuando sonaba el silbato de un oficial. Otra ración de sopa, medio pan, y el primero pasaba a ser el último de la cola recibiendo en segundo turno de rancho, patatas hervidas y un chorro de vino espeso en el cacillo.

Podían dormir a la sombra de las rocas, y a las tres la cantera repicaba de ecos. Aquel que se hacía el remolón, se daba por avisado cuando en la distribución del rancho, en su cacillo no caía el chorro de vino.

A las siete, quedaban en el interior del caserón, cerrado por fuera, y podían oír los ladridos de los perros perros, que quedaban sueltos desde las siete de la tarde a las seis de la mañana.

Instintivamente, empezaban a formarse grupos. Surgieron también pependencias.

Cuando uno, después de derribar de un certero puntapié a otro que puso en duda su valentía, quería rematarlo empleando la esfera de hierro, intervino Teodoro Lavern.

Sostuvo la esfera que iba a ser mazo mortal, alzó por el cuello de la guerrera gris al pendenciero, y pareció que sacudía una alfombra, mientras decía con voz paternalista:

—Todos nos conocemos el reglamento. Si en el caserón muere uno de forma violenta, los demás pasarán seis meses en los pozos del Diablo. Y yo estoy muy bien aquí en este hotel. Conque, ya está dicho.

Los demás, en silencio, volvieron a ocupar sus posiciones primitivas. El sacudido, al quedar libre, rezongó:

—¿Acaso estás tú de vigía?

En cada caserón, al menos uno de los presidios aceptaba ser el secreto confidente informador de los guardianes. Un vigía.

Lavern colocó su mano abierta en el rostro del que, del empujón, fue a sentarse violentamente unos tres metros más allá, amortiguado el impulso por el peso del grillete, cadena y esfera.

Decretó Lavern:

—Cada «quisque» lleva en su jeta lo que es. Tú eres un cobardón, y yo seré vigía apenas las gallinas hagan pipí.

Al mes, Marly, Lavern y Carrel formaban un trío inseparable. Sin embargo, al final de la jornada apenas habían intercambiado una docena de frases a lo suma.

Empezaron a surgir las barajas, ingeniosamente elaboradas con miga de pan, corteza de árbol y grabadas con el extremo del cucharón de madera.

Cinco meses después eran trasladados a otra cantera. Dos habían muerto de disentería. Otro, destrozado por los colmillos de los perros, que lo cazaron cuando intentaba vadear el río.

Alguno, en un ataque de furor, quiso emplear el pico o el mazo contra un guardián. Ignoraba que, como decían los guardianes, «cuando un número estaba de ida, el guardián estaba ya de vuelta».

Un culatazo, o un disparo en un brazo, y una estancia de seis meses en un pozo de cualquiera de los islotes de La Salud calmaban al furioso imprudente.

La primera confidencia entre los tres «cabezas fuertes» brotó de Guy Marly, porque no hacía falta que se lo hubieran dicho los otros dos, para saber que le consideraban el jefe.

Fue al término del primer año de canteras. Y la confidencia se inició mientras con naipes normales, adquiridos en el Economato por dos

francos del peculio, jugaban la partida de piquet, a un franco los mil tantos.

—Tú barajas, Gus —dijo Marly—. Es estúpido hacerse mala sangre, digo yo. El tipo listo se calla, trabaja y espera. A uno de nosotros tres le puede tocar la rebaja, y se va al «purgatorio».

El «purgatorio» era cualquiera de los poblados de Cayena, donde los que cumplían condena, o conseguían indulto de parte o mitad, debían permanecer en ellos, por un tiempo equivalente a la mitad de la sentencia.

El condenado a veinte años, al abandonar el grillete, tenía que residir diez años en uno de los poblados.

Escaparse suponía encontrar aún mayores obstáculos, porque a los naturales de la selva hostil, se unía el factor codicia.

Aquel liberto que era atrapado por otro en su fuga, le valía al captor la total conmutación de penas y una recompensa de diez mil francos.

Los libertos solían resignarse a su destino.

—Fracasan los que sin ayuda exterior quieren largarse —determinó Marly—. Pero en el purgatorio, un cerebro sólido, y el mío lo es, encontrará salida. No hablemos más, por ahora. Tú juegas, Teo.

Al quinto año de reclusión Guy Marly era fibra seca, sin un gramo de grasa. Augusto Carrel había muerto, llevándose al otro mundo su guiño.

—Murió tontamente —recriminaba Lavern—. Hace falta ser muy poca cosa para dejarse envenenar la sangre por un escorpión.

Al octavo año de condena había un tercer jugador de «piquet». Le conocían sólo por el apodo. Se rumoreaba que había sido «alguien». Un médico famoso.

Le apodaban Bisturí, pero consintió en ser llamado Marc por Marly y Lavern.

Al décimo año de condena, un pacto sólido unía a los tres hombres. El primero de ellos que soltara el grillete y pasase a ser liberto, estudiaría el terreno, y cuando se le uniera otro, sacarían al tercero, o le esperarían.

Un plan muy difícil y largo, donde cada palabra, cada detalle equivalía a un estudio prolongado.

Cuatro años después, Teodoro Lavern cambió el uniforme rayado por una americana de dril blanco y un pantalón de recia tela azul.

Por calzado, unos zuecos. Y para cubrirse, un sombrero de paja, picudo y de anchas alas.

Le entregaron ochocientos francos y le designaron por residencia obligatoria el poblado de Kuorua, sobre el río Oyapok.

Al despedirse de Marly y de Bisturí, se limitó a decir:

—Hasta pronto.

El misterioso ex médico se contentó con mirarle.

Dos años después, Marc, alias Bisturí, recibía seiscientos francos, la misma ropa de liberto que Lavern, y Je era designada por residencia la capital, Cayena, donde se le consentía ejercer de practicante.

Cayena distaba cincuenta millas del Oyapok y del poblado de Kuorua donde residía Lavern.

De nuevo a solas, Marly se hizo aún más hermético, rechazando con un seco ademán o una mirada, los intentos de amistad de otros.

Un inmenso rencor le inundaba. Tenía el convencimiento de que la sociedad entera se había confabulado contra él.

Cuando sentía deseos de matar, su anhelo se centraba en el inspector Marcel Juvex.

El clima tropical operaba una extraña labor en Cayena. De cada cien hombres, envejecía prematuramente a noventa. Pero aquellos que por especial constitución física aguantaban bien el clima, parecían conservarse con renovada juventud.

Exactamente el mismo día en que cumplía treinta y nueve años de edad, Guy Marly, tras dieciocho de condona, tenía la física apariencia ascética de un taciturno intelectual deportivo, a quien apenas se le darían treinta años de edad.

Esto pensó el director de la dependencia sexta de San Lorenzo del Maroní cuando en su despacho introdujeron al número 815.

—Hola, Marly. Su comportamiento ha sido bueno, pero su delito no tenía ninguna atenuante. Otros mataron por celos, por rivalidad...

Usted mató sin pasión, fríamente. Esto le explica por qué pese a su comportamiento sólo ha obtenido una reducción de pena de dos años. Ahora residirá por diez años en San Lorenzo. Recibirá mil francos, y hay numerosos oficios en los que puede distraerse y ahorrar. Una advertencia... Aquel que pretende huir de Cayena, si no muere en el intento, extingue a perpetuidad el resto de su vida en las canteras, canales o talleres de la penitenciaría. Es usted lo bastante inteligente para pensar en cuál es su mejor conveniencia.

Nada más.

Bajo el áspero calcetín quedó oculto el cerco rojo que la argolla imprimió para toda la vida en el tobillo derecho de Guy Marly.

Bajo la recia tela blanca de la americana, desnudo el torso, latía un corazón con sólo un ritmo: venganza.

Venganza contra la sociedad entera, a la que si hubiese sido posible, Marly hubiera estrangulado lentamente entre sus palmas endurecidas, con deleitosa crispación de sus largos músculos fibrosos y duros como la misma piedra que durante dieciocho años había martilleado.

Llovía intensamente, cuando con mil francos en el bolsillo, hizo resonar sus zuecos por el sendero descendente que conducía a San Lorenzo del Maroní, que contaba con mil doscientos quince habitantes.

Ahora contaba con mil doscientos dieciséis.

### CAPÍTULO III

En la ciudad de Boston, Harry Ferguson apenas llegado a su despacho, pulsó las palancas del dictáfono para comunicar con los respectivos despachos de su secretario particular, el gerente y la secretaria de recepción.

Y a los tres les dijo lo mismo:

—Buenos días. Son ahora, en mi reloj, las diez menos cinco. No estoy para nadie hasta las once y diez. Sea quien sea, no me molesten.

La triple respuesta afirmativa y respetuosa ya no la oyó, porque desconectando, miró su calendario eléctrico.

De su puño y letra había anotado Ferguson:

«10 h.

a. m. Logrado».

Se instaló más cómodamente, una vez comprobado que estaba abierta la puerta de acceso particular a su despacho que empleaba solamente él, y en raras ocasiones algunas visitas muy privadas.

Pensó en el coronel Luis Logrado. Un personaje pintoresco, hábil, encantador... cuando sus intereses personales coincidían con quien trataban. Un peligroso rufián selvático, para los que se le oponían.

Nacido en la Guayana, era políglota porque en la zona norte brasileña, compañías industriales francesas, portuguesas, inglesas y norteamericanas, se renovaban constantemente en sus intentos de explotación de aquella vasta región, prodigan riquezas, pero también en clima hostil y naturaleza enemiga.

Ferguson había conocido a Luis Logrado cinco años antes, en un viaje que hizo a Pernambuco.

El guayanés supo que Ferguson era el principal accionista de la compañía en fundación Mycsa, que había adquirido las minas del Trombetas. Unas minas abandonadas por bancarrota de una compañía francesa.

Recordaba Ferguson perfectamente el método de presentación del aventurero guayanés. Una tarjeta de visita de tamaño postal. Por una cara, en letras góticas, decía:

*LUIS LOGRADO*  
*Coronel rural*

En el reverso, una caligrafía elaborada lentamente, manifestaba:

«Me presento a míster Ferguson. Redundará en beneficio de ambos una entrevista privada. Cualquier ciudadano solvente de Pernambuco informará de la capacidad polifacética del coronel Logrado».

Ferguson se informó. Obtuvo abundantes detalles contradictorios. El grado de coronel rural equivalía al de guardabosque jurado. Y el guayanés conocía la inhóspita región nortea del Amazonas como ningún baqueano del interior.

Era inteligente. Demasiado, en opinión de los mercaderes de Pernambuco. Peligroso, porque de temeraria valentía, despreciaba la vida ajena.

Había sido capataz en varias minas, y era indiscutible que sabía hacer trabajar a los pocos activos mineros, de difícil recluta.

En su primera entrevista con Logrado, comprobó Ferguson que el aventurero era también una autoridad en geología práctica.

Y cinco años después, en su casa particular en Boston, Ferguson recibía una segunda tarjeta del coronel. En el anverso decía:

*CORONEL LOGRADO*  
*Gerente de las minas Mycsa*  
*Uatuma Cumina-Serpa*

En el reverso, Logrado había escrito:

«Importantísimo descubrimiento oblige a tomar

pasaje avión llegada Boston lunes nueve de marzo a las diez a. m., solicitando urgente entrevista privada. Toda precaución es poca, dada magnitud descubrimiento».

La tarjeta en sobre lacrado llegó junto con balances y diagramas, que mensualmente eran remitidos desde Pernambuco por avión.

Al recibir la tarjeta dos días antes, meditó Ferguson que los aventureros del tipo de Logrado gustaban de rodear de melodrama sus menores actos y gestos.

Tenía un concepto bien definido sobre Logrado. Un granuja fiel si le pagaban bien y le trataban, no como a un empleado, sino como a un asociado.

Y por esto, Ferguson le asignó un espléndido sueldo mensual y una participación en los beneficios de las minas Mycsa, sociedad de la que era director y principal accionista Ferguson.

A las diez y siete minutos, Ferguson oyó el roce de unas suelas, por el corredor que comunicaba el ascensor particular, sin empleado, con su despacho.

Debía ser un vicio adquirido, el que tenía Logrado de andar siempre como si persiguiese a alguien y no quisiera ser oído, o fuera acechado y preparaba una emboscada a su seguidor.

Apareció el coronel Logrado, que se inclinó en saludo ceremonioso.

Corpulento, cetrino, de negro mostacho y ojos claros que destacaban mucho en la ancha faz morena.

Los modales y sonrisas del coronel Logrado le sugerían a Ferguson poco imaginativo, la idea de que así debía desperezarse y bostezar un leopardo antes de proceder a la busca de una presa.

—Celebro volverle a ver, Lewis.

Llamar Lewis al guayanés, había sido otro acierto psicológico de Ferguson, quien añadió:

—La última vez, hará cosa de dos años, me felicité por haberle asociado a la empresa Mycsa, Lewis. ¿Un cigarro?

Aceptó Logrado, a la vez que se sentaba, colocando sobre la mesa su amplio sombrero panamá. Vestía un traje de seda gris, brillante.

Su camisa era severamente negra. Se le desparramaba por el amplio pecho la corbata chalina de la que el arco iris se habría sentido envidioso.

Calzaba zapatos de piel de lagarto, y en sus manos fulgían los aros

de platino engarzando diamantes y rubíes.

Ferguson hubiera apostado doble contra sencillo que los amplios pantalones del guayanés ocultaban bajo la rodilla, su habitual panoplia. Dos cuchillos y dos pistolas.

Los claros ojos del que estaba encendiendo el habano, estaban fijos en la foto con marco que estaba a un lado de la mesa.

Había perplejidad en la mirada del guayanés, ya que no comprendía la razón por la que el millonario tenía a cada lado de su mesa, la misma fotografía de la misma mujer, aunque algo distinta la posición.

Una pelirroja preciosa, de ojos color violeta.

La doble foto en color, acreditaba arte en el fotógrafo y buen gusto en Ferguson.

Al terminar de encender el habano, Logrado había ya leído al pie de una foto:

«A Harry, el que supo inspirarme la alegría de vivir.

»Yvette».

La otra tenía una dedicatoria más sencilla:

«Al mejor de los compañeros.

»Yvory».

—No es impertinencia, señor Ferguson, sí le ruego que acepte mis más sinceras felicitaciones por la modelo de las dos fotos.

—Mi esposa y mi hija. Tuve la desgracia de enviudar hace más de diez años. Mi hija Yvory se empeñó en hacerse una foto casi idéntica a la de su madre. Dispongo hasta las once y diez, coronel. No dudo que si ha emprendido un viaje así, es por motivos muy importantes. Siempre dijo que si le apartaban del Amazonas, usted se mustiaría, y empleó una frase muy simbólica.

—Me mustiaría como la orquídea privada del rico sustento del mayor río del mundo entero. He visto desde arriba grandes ciudades, señor. No me gustan. La gente debe vivir muy apretada, como zánganos y abejas en colmena. ¿No le extrañaron los términos en que redacté mi tarjeta?

—Me extrañó que usted citase precauciones.

—Ya conoce al ingeniero Jean Duplessis. Lo contratamos por excepción, entre todo el personal despedido por los franceses.

—Un joven trabajador y serio. Lo recuerdo perfectamente.

—Su vida está en peligro desde el mes de enero de este año. Yo me he cuidado de protegerle. Por allá, hay toda clase de ventajistas y ya tuve que despachar a dos mulatos que querían mirar desde demasiado cerca el laboratorio del ingeniero Duplessis. Y sigo cuidándole. Lo he traído conmigo y apenas pisamos tierra firme, lo alojé en un buen hotel que nos recomendó la azafata del avión, la rubia, una ricura...

Y acariciándose el mostacho, añadió Logrado:

—La cité para esta noche a las nueve, a cenar. Se llama Peggy y es una monada.

Ferguson esperó pacientemente. Cada hombre tenía su estilo.

—Pues como le decía, señor, el ingeniero Duplessis en enero me pidió unos instrumentos para montar un laboratorio en la barraca catorce del Serpa. Y el 17 de febrero, yo despaché a los dos mulatos espías. Tengo para mí que los envió el capataz de la mina Coaray, al que en su justo momento ya le tantearé las agallas. Duplessis se aloja en el Moritz, donde por cierto hay una nena en el guardarropía del bar, que es confitura sobre mantequilla. La he citado para merendar mañana por la tarde. Se llama Loretta, ¿se da cuenta? Como él femenino de loro, y es en cambio una sabrosa perita en dulce.

—Duplessis podía haber venido con usted.

—No quiero que lo pelen. Yo soy un hombre inculto, señor, y tal vez no debería meterme en terrenos científicos, pero no me queda más remedio. El caso es que el ingeniero ha trabajado el cuarzo y ha conseguido dos métodos especiales. Si vendiera su invento, le forrarían de millones. Yo le cogí por mi cuenta, y más o menos le dije: «Mira, gabachín, si lo tuyo vale cinco, el señor Ferguson te dará seis. Y a mí me dará otro lote de acciones». No le dije cuántas, pero yo sé que usted me dará el veinte por ciento de las antiguas, y el treinta de las nuevas, apenas monte la fábrica para la explotación.

—Usted nunca pide con tanto exceso, Lewis. Por lo tanto, pese a la rubia Peggy y a la morena Loretta, creo que su viaje va a ser muy

productivo. ¿No sería mejor que fuéramos al Moritz, ya que Duplessis, según usted, corre peligro por las calles? Estamos en Boston, Lewis, y no en el Amazonas.

—Los aprovechados encuentran siempre sucursales donde sea. Allá saben que Duplessis se metió en el avión conmigo. Saben que hemos pisado tierra firme en esta ciudad. Puede haber alguien al acecho.

—En definitiva, Lewis, ¿qué ha descubierto Duplessis?

—El lo explicará mejor, pero yo puedo anticiparle el asunto, aunque a mi manera poco científica. El lo llama un laminador microatómico.

—El cristal de roca ya se lamina aquí en nuestros talleres.

—Y usted consigue las láminas para osciladores de alta frecuencia, para radios. También para reforzar cables submarinos y teléfonos a larga distancia. Nosotros remitimos el cuarzo en bruto y aquí lo trabajan. Pero Duplessis es un muchacho estudioso. A mí, personalmente, todas estas cosas de la atómica me dejan frío. En cambio, Duplessis está obsesionado con su laminador, porque asegura que es algo decisivo en cualquier proceso atómico.

Ferguson dominó un estremecimiento. Había ya oído hablar de las grandes cantidades gastadas por los laboratorios norteamericanos, en sus intentos de encontrar un cuerpo a la vez duro y sutilísimo, que pudiera resistir vibraciones de enorme velocidad, sin quebrarse.

—Duplessis puede haberse equivocado —arguyó.

—En la barraca catorce del Serpa, yo he visto el veinte de febrero una cosa rara. Lo vi, y tras oír lo que me explicó Duplessis, llegado el momento, pedí los dos pasajes de avión.

—¿Qué vio, Lewis?

—Le noto ansioso, señor Ferguson. Se me había olvidado decirle que Duplessis consideraba tiempo perdido el trabajo de sacar cuarzo, y sólo pensaba en encontrar uranio. Lo hay muy repartido, y Duplessis dio con un roquizo. No se enoje si no lo dije antes.

—Sus razones tendría Lewis.

—Cabal. La cantidad de veta era escasa, pero Duplessis empleó el uranio para sus experimentos. El veinte de febrero, en la cámara con agua, manipuló las garras metálicas y me fue explicando que su laminador iba a resistir las vibraciones. En el torreón de la cámara de agua, vi cómo las hojillas de cuarzo se abanicaban hasta adquirir un movimiento que la vista no podía seguir. Y el guijarro de uranio

se convirtió en un diamante brillante, antes de quedar reducido a barro. Duplessis sudaba, lloraba y cantaba... Se puso loco de alegría, y yo mismo lo tuve que meter en cama, porque le dio fiebre. Fiebre de sabio, la llamo yo.

Ferguson, levantándose, fue a recoger su abrigo y sombrero.

—Por lo que me dice, Lewis, el invento de Duplessis es mucho más importante de lo que usted mismo supone. Supongo que habría traído toda la documentación referente a sus ensayos y progresivos adelantos técnicos.

—Ah, no... Siempre pasa lo mismo con estos sabios. Toman notas, las escriben, y después cualquier aprovechado les rapiña la cartera. Yo he traído a Jean Duplessis para que hable con usted. Las palabras, nadie las puede rapiñar.

—Tiene razón. Desconfía usted hasta de su sombra, Lewis.

—Y por esto mismo sigo vivo y coleando a mis cuarenta años.

Ferguson bajó las tres palancas del dictáfono, anunciando:

—Contraorden. Anuladas todas las citas. Lleven las carpetas de firma a mi casa, a las tres.

En el ascensor privado, mientras descendían, dijo Ferguson:

—Tengo abajo mi coche. Espero que no supondrá que le han seguido.

—No me han seguido. Pero saben que trabajo para usted.

—¿A quién alude al decir «saben»...?

—A los aprovechados.

Salían ya del ascensor y pulsaba Ferguson el botón que hizo abrirse las dos puertas del garaje.

Instalado junto al volante aclaró Logrado:

—Allá hay muchos que están a la salta la mata, esperando la gran ocasión. Los aprovechados empezaron a pensar que si el coronel Logrado, trataba con cariño al ingeniero Duplessis, comiendo con él, y durmiendo juntos, cada cual en su cama como es superfluo especificar, algo debía tener de valioso el ingeniero Duplessis. No doy amistad ni me cuido de los inútiles. Le advertí a Duplessis, el veinte de febrero, que su vida estaba en peligro. Pero Duplessis me dijo que estando yo protegiéndole, los que corrían peligro eran los aprovechados.

El coche rodaba ya hacia el otro extremo de la ciudad, donde el lujoso hotel Moritz se erguía cercano al aeródromo de las líneas

Centro y Sudamericanas.

—Hay un inconveniente, Lewis. Si Duplessis ha acertado, existe una ley que obliga a cualquier industria a poner en conocimiento del Departamento de Defensa, cualquier proceso técnico relacionado con las aplicaciones comerciales del uranio y la energía atómica.

—Esto es lo que me olía yo, y que nunca acabaré de entender. ¿Quién es el Estado? Otro aprovechado.

—No, Lewis —rebatió Ferguson severamente—. El Estado protege los intereses de la comunidad.

—El mundo andaría mejor si cada cual se protegiera a sí mismo.

—Esta teoría es cruel, y sólo aplicable en zonas no civilizadas.

—Será incivilizado, pero si me sudo el alma para encontrar un pedrusco, ¿por qué voy a darle parte al Estado? «¡Suau!» —ladró sacando casi todo el busto por la ventanilla—. ¡Vaya rubia! ¿Se fijó en la manera como cimbrea el talle? Por una hembra así, hasta sería yo capaz de vivir un par de semanas en esta ciudad.

El coche se detuvo ante la rotonda del Moritz.

Ferguson comentó secamente:

—Le agradeceré que en mi compañía, coronel, desista usted de galanteos. Llame a Duplessis.

—Mejor le visitamos arriba. Habitación con salón, cuarto de baño, y hasta biblioteca.

Llamó Logrado repetidamente en la puerta, comentando a intervalos:

—Bien está que se cierre, pero no tanto. Y a mí, que me abra. ¡Jean, gabachín!

Jean Duplessis no podía abrir ni contestar.

Yacía en un sillón con el cráneo roto.

## CAPÍTULO IV

Glen Stevens trató de cogerse su propia muñeca izquierda, pero su adversario le volteaba ya por encima de la espalda.

Desistió de efectuar la contrapresa, y antes de caer, tijereteó las piernas veloz y técnicamente, para atenazar la garganta de su rival.

Cuando apoyó las manos en la lona, su adversario, de rodillas, alzaba el brazo derecho, admitiendo dolorido que no había previsto la yugulada.

En el cuadrilátero del gimnasio, el yudoka que actuaba de árbitro, permaneció sentado sobre sus tacones, mientras los dos recientes adversarios, acercándose, le saludaron ceremoniosamente.

El yudoka Metze, cinturón negro, tercer grado, sentenció:

—No consigue ahuyentar su complejo de luchador, joven Parker. Usted creyó que su peso superior en veinte kilos al del joven Stevens, le daría tras el volteo el triunfo con la puesta de pie en el cuello. El joven Stevens pesa setenta kilos cerebrales, porque cada fibra muscular sabe responder a los reflejos dictados por la inteligencia. Pudo, pues, contrarrestar su volteo con la yugulada que fuera de este gimnasio, suponía quitarle el sentido, joven Parker.

El joven Parker asintió deportivamente. Poco después, tras la ducha, en el vestuario, los dos recientes rivales presentaban el mismo contraste físico que les caracterizaba también mentalmente.

Chick Parker era un peso pesado que, procedente de la lucha libre, ingresó en la sección de choque del DIS (Departamento de Seguridad Internacional).

Su aspecto ponía en guardia, porque además de sus noventa kilos, daba la impresión de ser un agresivo camorrista, siendo en realidad un sujeto bonachón y apacible.

Glen Stevens, alto y delgado, era, según definición de su compañero Parker, «el clásico niño bonito que no tiene ni media torta».

Tal vez por eso, Glen Stevens empezó a practicar desde los dieciocho años el judo y el boxeo francés, donde los pies tienen más contundencia que los puños, en inesperadas y acrobáticas

acometidas.

A los veintitrés años, Glen Stevens era agente del DIS, propuesto para ascenso y en los seis casos en que había intervenido, los que también creyeron que era «un niño bonito que no tenía ni media torta», se dieron cuenta tarde de su error, en la enfermería de la cárcel.

Una sólida amistad nacida de compartir juntos los peligros de toda investigación, unía a Stevens con Parker.

Para el jefe de su sección, los dos agentes resultaban los más aptos para el caso minas Ferguson.

Los convocó a las tres de la tarde, en la dependencia de archivos y fichas. Semejaba un ejecutivo de oficinas, mientras por encima de sus gafas consultaba las dos fichas del rimero.

—Usted habla perfectamente el francés, Stevens. Pero no entiende una palabra de mineralogía. Usted, Parker, se ha especializado en fraudes por declaración de extracción de minerales. Los dos se complementan para cumplimentar los deseos de Harry Ferguson. ¿Le conocen?

Chick Parker afirmó:

—¡Vaya que sí! Bueno, a él, de nada. Pero tiene una hija que, de no ser millonaria, estaría reventando corazones desde las pantallas.

—La hija de Ferguson, Yvory —intervino Glen Stevens—, reúne el encanto de la parisina y el sentido común de la yanqui. Una tarde la sacamos de un pequeño apuro, sin importancia, pero ella nos lo agradeció. Se dignó tomar un té y bailar alternativamente con nosotros.

—Antipática, ¿no? —insinuó el jefe—. Voy al caso. Esta mañana, a las once menos siete, en la habitación del Moritz, ocupada desde las nueve y media de la mañana por el ingeniero francés Jean Duplessis, recién aterrizado de su vuelo desde Pernambuco, Harry Ferguson lo encontró con la cabeza rota. El instrumento mortal era una estatuilla propiedad del hotel, que se reproduce en cada habitación, sobre la repisa de la chimenea de la antesala. Aquí tienen el resumen de la investigación preliminar.

Parker cogía ya el expediente que indicaba su superior. Stevens prefirió esperar lo que era axiomático. El resumen que se disponía a hacer el propio jefe.

—Duplessis, en compañía de un guayanés llamado Logrado, capataz

gerente de las minas Ferguson en Brasil, vino a exponer su invento. Se trataba de un laminador microatómico. El guayanés había ya informado a Ferguson, que en Brasil tuvo sospechas de que eran espiados los movimientos de Duplessis. El autor o autores de la agresión debieron penetrar por la galería lateral. Se llevaron cuanto contenían los bolsillos de la víctima. Se llevaron los zapatos y el maletín. Por fortuna, y hablo pensando en el invento de Duplessis, éste, atendiendo las recomendaciones del guayanés, no trajo consigo ni una nota, ni un simple croquis. Un asesinato inútil.

Chick Parker no se enteraba de nada, porque a la vez, pretendía leer y escuchar.

—El invento es de la máxima importancia, y Ferguson, cumpliendo con su deber, nos ha informado. Ferguson, además de que desea sean encontrados los asesinos de Duplessis, quiere recoger cuantas notas y utensilios haya empleado Duplessis en su laboratorio especial instalado al borde de un afluente amazónico, el Serpa. Ferguson, a solas conmigo, me ha pedido una escolta, y ustedes dos irán con él. Usted figurará como secretario, Stevens, y usted, Parker, como asesor. Pregunte, Stevens.

—¿Desconfía Ferguson del guayanés Logrado?

—No. Pero estima que si Logrado sufre un accidente, no puede perderse el invento de Duplessis ni extraviarse. Antes de tomar el avión, Logrado se ocupó de que todos los datos e instrumental que empleó Duplessis permaneciesen en un lugar que solamente él y Duplessis pudieran localizar. Ferguson ha fletado un *Rubber 43*, con pilotos especializados en la ruta amazónica, que despegará mañana en la madrugada de Miami. Allí estarán ustedes, y recuerden que al atravesar la frontera brasileña, de nada les vale su categoría de agentes del DIS. Van allá solamente para traer de regreso con vida a Ferguson, y todo el material que recojan del laboratorio de Duplessis. En aquella zona de jungla no hay policía, sino un rural por cada sector de mil leguas. Los brasileños estiman que han de ser las propias compañías las que deben salvaguardar sus intereses. Pregunte, Stevens.

—¿Sabe Logrado que Ferguson ha solicitado protección?

—No. Hemos quedado con Ferguson en que les presentará como les he indicado.

—Hay un inconveniente. Ivory Ferguson conoce nuestra condición

de agentes del Dis.

—Telefonaré a Ferguson en el sentido de que aleje a su hija desde ahora a las cinco.

\* \* \*

Nerviosamente, miró Ferguson su reloj que marcaba las tres y cuarenta.

—Es un viaje rápido, pero aburrido y pesado, Yvory.

La muchacha, de dieciocho años, que paseaba por delante de Ferguson, no era una consentida ni caprichosa hija única. Pero había un código entre padre e hija. Las promesas se cumplían siempre.

—Me dijiste que al primer viaje que realizases al Brasil, me llevarlas. Me lo prometiste.

—Pero es un viaje rápido y nada entretenido, Y von/. Mañana por la madrugada he de estar en Miami, y no tardaré más de una semana en volver. Simplemente a echar una ojeada a las minas del Serpa. Escucha, Yvory, estoy esperando una visita. Debes dejarme solo.

—Bien, como quieras —dijo ella dócilmente, pero había elocuencia en su mirada de reproche.

Ferguson se mantuvo firme. Yvory abandonó el salón, y fue a comprobar ante el espejo que su cabello, su íntimo orgullo, estaba perfectamente «descuidado». Era difícil dar a la roja melena aquel toque de negligencia.

La tarde se anunciaba espléndida. Bajaba la escalinata para dirigirse al garaje, cuando se detuvo en el último peldaño.

Del taxi que ahora viraba ante la verja de entrada, se habían apeado dos hombres.

Yvory se reprochó que en su interior, una voz irónica resonara al compás del aceleramiento de un extraño palpitar:

«¡Ahí está, chica! Ahí está Glen Stevens, el héroe anónimo que se juega la vida a cada segundo. El hombre que no pareció entusiasmado ante tu personilla».

Pero el buen sentido también habló:

«¿Y qué vienen a hacer aquí dos agentes del Dis?».

Los dos llegaban ya al pie de la escalinata. Exuberante, saludó

Parker.

—¡Hola, Ivory! No sé si nos recuerda. Éste es Glen Stevens y yo soy Chick Parker.

—¿Qué tal? Les recuerdo perfectamente. Modestos y eficaces.

Stevens miró su reloj. Señalaba las cuatro y dos minutos. Dijo ella:

—Como supongo vienen a ver a mi padre, les acompañaré. Soy más apropiada que el mayordomo para acompañar a dos amigos.

Al entrar en el salón, anunció ella:

—Dos amigos míos, papá, si es que ellos no te lo dijeron, porque son muy discretos.

Parker estaba embelesado en la contemplación de la pelirroja. Stevens fue el que manifestó:

—Me resulta desagradable, señor Ferguson, inquirir si no recibió cierta llamada telefónica rogándole que a las cuatro no estuviera presente su hija.

Yvory parpadeó. Ferguson se encogió de hombros, como dando a entender que había fatalidades inevitables, si de por medio andaba una mujer.

—Creí que solicitaban una entrevista particular, pero ignoraba que Yvory les conociese. Y ahora...

—¿Está el coronel Logrado en la casa?

—No. Después de comer, quiso visitar la ciudad. No es de los que se afectan por... accidentes.

—Creo, entonces, que será preferible que recomiende a su hija la necesidad de mantener totalmente secreta nuestra verdadera personalidad.

Ferguson miró a su hija.

—Por motivos que ya te explicaré, Ivory, desde este instante, y ante todos, tratarás a estos jóvenes como si fueran respectivamente mi secretario particular y mi asesor técnico en utillaje.

—Como tú quieras. ¿Debo irme o puedo quedarme, Stevens?

—Usted me perdonará, cuando su padre le explique todo, Ivory.

—Mi padre sabe que a discreta nadie me gana.

—Demuéstralo, sentándote, y permaneciendo callada. Supongo que ustedes ya estarán informados.

—Por completo. Sólo hemos venido a saber hora y sitio en que debemos encontrarnos en Miami. Mi compañero Chick Parker es perito en lo referente a utillaje minero. Yo procuraré ser un

convinciente secretario.

—En estas dos carteras, que preparé a su intención, hallarán los planos, diagramas y detalles concernientes a la Mycsa, delegación brasileña de la zona amazónica del Norte. ¿Han averiguado algo nuevo respecto al pobre Duplessis?

—No nos incumbe. Ha quedado en manos de otra sección.

—¿Puedo saber el motivo de la amistad que les une a Ivory?

Stevens miró a Parker, que explicó:

—Un viernes, de la tercera semana de enero, día que recuerdo porque estrené mi traje gris a rayas, vimos a Ivory que bajaba de su coche, en el aparcamiento de Lafayette. Iba con otra chica, y allí cerca había tres gamberros. No sé si me comprende, señor, con eso de gamberros.

—Mal educados.

—Exacto. Bien, pues al ver a Ivory, como es natural, se sintieron muy atraídos... Bueno, quise decir, que si se hubieran limitado a mirar, era lógico, ya que yo mismo... Bueno...

Acudió Stevens a sacar del atolladero a Parker:

—Los tres trataron de cerrar el paso a Ivory y a su amiga. Cuando ya se pusieron pesados, intervinimos y se marcharon. La amiga de su hija se impresionó y tuvimos que dejarla en su casa. Ivory aceptó una taza de té, bailamos, y esto es todo.

—Pido permiso para hablar, papá. Ya te dije que eran modestos. Los tres que Chick llama gamberros, eran de veras tres gorilas bestiales. Y Chick, que ha sido luchador profesional, me dijo después que aquellos tres, sabían más trucos que el más desleal luchador. Margaret se impresionó porque en un instante aquello fue un *ring*. Y Glen no quiso explicarme el misterioso recurso que le permitió lanzar por los aires a uno que pesaba mucho más que él.

—Judo y karate, señor Ferguson. ¿A qué hora y dónde le esperamos en Miami?

—El avión que he contratado espera en la pista seis, Sur, de las líneas sudamericanas a las seis y quince de la madrugada. Notificaré a los pilotos que mi secretario y asesor me esperarán en la escalerilla. Les presentaré al coronel Logrado, mañana, en el aeropuerto de Miami.

Con las carteras preparadas por Ferguson, los dos agentes abandonaron el salón.

Al prolongarse el silencio, comentó Yvory:

—La lealtad absoluta entre nosotros dos ha sido siempre nuestra máxima.

Ferguson tuvo que explicar detalladamente cuanto había sucedido desde la llegada de Luis Logrado.

—... Y no me digas que debes venir conmigo, porque además de negarme rotundamente, perdería la fe en tu buen sentido. No vendrás, y no te fatigues en la búsqueda de argumentos para convencerme.

—Comprendo que no debo ir, papá. Me quedaré, pero estarás muy angustiado durante todo el tiempo de tu viaje. Si han asesinado a Duplessis, también pueden pensar que teniéndome a mí como rehén...

—Te custodiarán adecuadamente.

—Pero moralmente, si corres un riesgo, es demostrarme poco afecto tenerme más de una semana angustiada, pensando en ti...

Harry Ferguson se encogió de hombros, resignado.

La palabra angustia, definía su situación de ánimo, pensando en que cuanto alegaba Yvory era razonable, lógico y de una sensatez aplastante.

\* \* \*

Los tres principales recursos que los libertos tenían para irse sufragando el diario malvivir, eran los destiladeras de aguardiente de caña, los talleres de confección en mimbre y yute, y las tallas de madera y conchas.

Hubieran sido buenos negocios, si hubiesen trabajado a diario con organización, pero ponían por pretexto el agobiante clima para descansar seis días por semana.

Una vez por mes, llegaba a San Lorenzo del Maroní el barco correíllo y era imposible que un polizón pudiera esconderse a bordo, porque al demostrarse la complicidad de cualquier tripulante, éste pasaba a cumplir cinco años de condena en las canteras.

Cuando por aquel lluvioso día de marzo, recorría Guy Marly la única calle, junto al embarcadero, con sus apiñadas casuchas, toda la infinita melancolía de la tristeza humana del solitario le calaba

hasta la médula.

Cuantos le miraban, tenían la ojeada indiferente del insensibilizado. Guy Marly penetró en la choza de Papá Surin, el alojamiento destinado a los recién libertados.

Papá Surin llegó a la Guayana, treinta años antes para cumplir diez de condena. Hacía ya quince años que tenía el derecho de regresar a Francia.

Cuando llegaba la época de las pegajosas lluvias, juraba que en el próximo correílo, se marchaba. Pero continuaba viviendo en la choza, sabedor de que si se iba, moriría pronto, de nostalgia.

Estaba envenenado por el ambiente. Le encantaba oír las confidencias de aquella legión de desesperados.

Era como el comandante en jefe de un batallón de hienas, y la sensación de saberse respetado era lo que le retenía en San Lorenzo. Llevaba una voluminosa libreta de control de todos los intentos de fuga durante los últimos quince años. Y estaba muy orgulloso por haber predicho casi con detalles, a cada confidente, el fracaso de la fuga que planeaba.

Los funcionarios sabían que salvo ayudar personalmente, Papá Surin era responsable de fugas con éxito, porque proporcionaba sabios consejos a los que se disponían a huir, y le fueran simpáticos. La Administración le toleraba porque si había un cierto orden en las casuchas de libertos, era gracias a la autoridad personal de Papá Surin.

Debía su apodo a la maestría con la que manejaba el largo cuchillo para desjarretar o cortar tendones de brazos, a los que se ponían agresivamente homicidas cuando un exceso de aguardiente, o el famoso *cafard* les acometía.

Papá Surin, de cara arrugada como la de un viejo macaco, explicaba complacido a los novatos:

—El *cafard* es como el *amok* de los malayos. Es como el rayo en el cielo cargado de nubes. Descarga súbitamente y ahí tienes que un hombre tranquilo, de pronto, se pone nebuloso, empalma el pincho y empieza a repartir tajos. El pobre no se tranquiliza de nuevo, hasta que no le he cortado la fiebre.

Y palpaba su cuchillo, que era casi un machete, dando a entender que aquélla, era la mejor medicina contra el *cafard*.

Cuando Guy Marly entró en la casucha, no encontró en ella gran

diferencia con los caserones de las canteras.

Grupos jugando al naípe con gestos cansados, otros remendándose la ropa, algunos conversando en voz baja, inquieta la mirada...

Papá Surin vino a dar la bienvenida al recién licenciado de la primera etapa.

—Vamos a mi estudio, número 815. Una copa de espumoso especial, y charlaremos tranquilos.

Marly siguió al hombrecillo fibroso, que atravesando la sala, pasó tras un mostrador, atendido por un negro hercúleo.

Penetró en un cubil con dos hamacas, dos mecedoras de mimbre, y en el techo, varias colgaduras de palmas, que servían de ventilador al estirar unas cuerdas, o mecerse, con el extremo de las cuerdas atadas al respaldo de las mecedoras, o a la cabecera de las hamacas. Sobre una mesita de mimbre, colocó dos jarrillos de estaño, y escanció de una garrafito el «espumoso».

Un líquido que parecía champaña, sabía a ron, y era destilado de pan masticado con cominos y fermento de cactus rojo.

—Tú eres poco hablador, y tendré yo que empezar a darle a la «sinhueso». Los de la Administración procuran hacer las cosas lo mejor que pueden, los pobrecillos... Y todo se sabe. Allá erais muy inseparables, Teo, Bisturí y tú. Cuando salió Marc, lo enviaron a Cayena, y a Teo lo destinaron al Oyapok. Era infalible que a ti te destinarían aquí. ¿Qué tal mi vinillo para huéspedes distinguidos?

—Se deja beber —dijo Marly secamente.

—Escucha, hijo... Cada vez que tinos se disponen a emprender la fuga, les digo lo mismo. Dejadlo, les digo. Pero ellos insisten, y como ya he cumplido con mi conciencia, entonces les digo: «A ver si acertáis. Por aquí me han desfilado a centenares, y siempre pensé que acabarían mal». En cuanto hablé con Teo, empecé a pensar que tú valías. Después, cuando visité a Marc, y vi que él estaba dispuesto a esperarte, aunque fuera por diez años, quedé convencido de que si hay una posibilidad sobre cien, de que te fugues, tú la aprovecharás. ¿Tienes ya un plan bien trabajado?

—No. Primero he de saber si Teo ha hecho algo.

—Teo ha ido consiguiendo pieza por pieza una lancha. La puede montar en dos horas.

—¿Qué ha hecho Marc?

—Conseguir el arsenal. Ya te contará cómo lo ha logrado, pero el

caso es que tiene dos rifles, un revólver y tres machetes.

—Queda, pues, por ver el modo de reunimos los tres.

—Casi me entran ganas de acompañaros.

—Tú puedes irte cuando quieras, con sólo subir al correo.

—Pero así, no me distrae. En fin, me voy haciendo viejo... Hace tres días que supimos que ibas a salir. Y Teo Lavern, está ya en el nicho de Belrepós.

Guy Marly, insensibilizado, sólo pestañeó.

Belrepós era el cementerio común para todos los presidiarios.

—Anteayer lo encontraron tieso en su choza del Oyapok. Estaba amoratado y más rígido que un leño. Lo trajeron en el último taxi, gratis, y lo embutieron en el nicho, con una hermosa placa. Todos tienen la misma, sólo que varía el número. La de Teo dice: «Yace en paz, el número 566. R. I. P.». Nicho sexto, de la tercera hilera norte, estante segundo. No tiene pérdida.

—¿Y las piezas de la lancha?

—Así me gusta. Tú vas a lo práctico. Las piezas de la lancha han ido a parar al nicho sexto de la tercera hilera norte, estante segundo. Junto con una cesta de provisiones. Oye hijo, una fuga que empieza con tanto ingenio, me gusta.

—Aclara, Papá Surin.

—Marc le dio a Teo una cajita con instrumentos. Había un líquido para beber dos veces por día, y dos inyectables. También me ha dado instrucciones para ti. El está a cargo de los infecciosos. Es decir, a cualquiera que en la piel le asomen manchas y le de fiebre alta, lo envían a la «carnicería», para el vulgo, enfermería *pre-mortem*. Igual con aquel que tenga heridas llagadas.

Papá Surin sacó de un cajón que resbalaba bajo el asiento de su mecedora, un pequeño envoltorio.

Lo deshizo, y entre algodones apareció una aguja de coser, ya enhebrada, con un hilo parduzco. Volvió a enrollarla entre los algodones, que tendió a Guy.

—En tu cobertizo, que luego te mostraré, eliges el sitio mejor para la operación. Dice Marc que donde menos duele, es en el grueso de la pantorrilla. Como si cosieras un pellejo, pero al haber pasado la aguja, dejas el hilo dentro. Te pasas la noche así, y mañana por la mañana, tu pantorrilla abultará como un melón infecto. La piel tendrá un hermoso color violáceo y echará peste. Sudarás como un

elefante que pasa el alambre, y si te ponen el termómetro, cantará las cuarenta.

—Ya. Como si me hubiera mordido un escorpión o la araña viuda negra.

—Cabal. Te meterán en el nicho y el sepulturero ha de quitar el hilo. Dolerá un poco, pero dice Marc que cuando estés en tu nicho, tendrás ya en el cuerpo el antídoto de la infección y la pierna te funcionará como si nada.

—Entonces, ¿me dará el mismo tratamiento que a Teo?

—Cabal. Te meterán en el nicho, y el sepulturero ha cobrado ya mil francos por fiambre. Marc dejará pasar un par de días, y entonces vendrá a por vosotros dos. Da gusto este compañerismo.

—¿Compañerismo, de qué? A Teo le falta inteligencia, y a Marc agallas. Yo reúno las dos cosas. Ellos dos, solos, no se atreverían a escapar. Por eso me esperaron. Escapar no basta. Hay que saber luego desquitarse de toda la inmundicia pasada.

Satisfecho, Papá Surin, comentó:

—Es como dices. Al médico le falta valentía y al marsellés, cerebro. Pero contigo llegarán lejos, antes... que los guillotinen. Tienes ya lancha y armas. ¿Por dónde vas a emprender la excursión?

—Eso me lo tengo más que sabido. Todos buscan el camino más fácil. El río, o la mar abierta. Fracasan. Ni río, ni mar.

—Pues no hay otro camino, salvo que tengas un avión escondido en el bolsillo.

—Del cementerio al mar hay menos de media milla, ¿o no? Y después, al zarpar, ¿qué sucederá? Cuando echen de menos a Marc, comunicarán por la costa, desde Paramaribo a Maracá. Y las lanchas rápidas, nos cazarían mar adentro, porque es lo lógico. Pues vamos a lo absurdo, como dice Mat, el número 899 que fue profesor de Matemáticas. Nos buscarán por los ríos y por mar abierta. No por la misma costa.

—Los perros...

—Ventean si el fugitivo pisa tierra, como sabes muy bien. Pero nosotros no pisaremos tierra, hasta no ver el Tumuc Humac.

Tumuc Humac era la cordillera fronteriza entre Cayena y Brasil.

—Atravesando la ladera sur de Tumuc, por la linde de la zona norte del Amazonas, llegaremos al sur de Venezuela.

—Son unos tres meses de marcha. Con un recorrido amenizado por

indios motilones, bororós caníbales, la boa, el leopardo... Un viaje precioso, Marly.

—Desde Venezuela, ya te enviaré una postal, papi.

—Si hay un valiente en este cochino mundo que pueda hacerlo, serás tú, pero Marc, quizá se asustará cuando le expliques tu plan. Es un itinerario poco apto para intelectuales imaginativos.

—Marc me seguirá sin rechistar. No tengo nada que explicarle ni a él, ni a Teo. Donde yo llegue, habrá desquite para los tres. Ya leerás los periódicos de Francia, Papá. Apúntate un nombre.

Y repentinamente enronquecida la voz, silabeó Marly:

—M

ar-cel Ju-vex.

—¡Hospa! Este tipo es un *roussin*, un *vache*, inspector de la Criminal en Montparnó. No hace mucho tuvo noticias tuyas, por uno que llegaba.

—Apúntate el nombre. Cuando leas que murió de mala manera, no te escarbes las meninges para averiguar quién lo sangró. Y ya hemos movido bastante la «sinhueso». Papá.

—Vámonos al cobertizo. Suele ocurrir que los recién llegados, aspiran al lujo de dormir solos, al menos varias noches. Recuerda que debes sacar el hilo al amanecer.

—Con una vez que me digan las cosas, me sobra media.

En el pequeño cobertizo había una hamaca. En ella se tendió Marly, mirando a Papá Surin, que manifestó:

—Me he de llevar la aguja, ¿comprendes?

—Bueno.

Sentándose en la hamaca, se quitó Marly los pantalones. Palpó su pantorrilla izquierda, y cogiendo un buen pellizco, miró al trasluz de la vela el hilo enhebrado en la aguja, como una zurzidora concienzuda.

Mantuvo los ojos abiertos, mientras atravesaba hondamente la carne y sacaba por el otro extremo la aguja enrojecida.

Unas gotas de sangre fueron resbalando a cada lado de la incisión profunda, tintando los dos extremos del hilo infectado por su larga permanencia en excrementos.

Sacó la aguja que metió entre algodón, dándole sí que comentó:

—El que sabe pincharse así, no hará remilgos para pinchar a los demás. Es muy posible que cuando vengan a buscarte los de la

ambulancia, no te des cuenta de nada. Aprieta fuerte los labios.

—Los llevo apretados hace muchos años, Papá. Buenas noches, y felices sueños.

A la medianoche, la pierna izquierda de Marly parecía un tambor a punto de estallar. Latía como un inmenso corazón, y la tensa piel se moteaba de amarillo y verde.

A media madrugada, los dientes de Marly castañeteaban ruidosamente, mientras todo su cuerpo estaba bañado en copioso sudor, que despedía un acre olor fétido.

La pierna izquierda ostentaba una monstruosa hinchazón. En la hamaca, varias mallas estaban deshechas a dentelladas.

A las cinco de la mañana, Marly cumplió con la tarea más difícil. Arrancar el hilo. Un hilo que formaba ya parte de su propia carne.

A las siete de la mañana, el sanitario llamado por Papá Surin, colocó el termómetro y contemplando a Marly amodorrado, diagnosticó:

—Este desgraciado no escapa. Le ha mordido un escorpión. Se notan las dos huellas del extremo de la pinza venenosa. Le llevaremos a infecciosos, pero tanto daría meterlo directamente en el nicho.

—Los hay con mala suerte, hombre —murmuró Papá Surin—. Acaba de salir y ya ves... No somos nada.

## CAPÍTULO V

Para Guy Marly, las treinta horas siguientes fueron un sopor constante. Cuando tuvo conciencia de que vivía, su primera sensación fue la de una intensa frialdad.

Alzó lentamente un brazo y palpó su cuerpo. Estaba desnudo y tendido sobre piedra.

Quiso incorporarse, y cuando se sentó, su cabeza chocó contra piedra. Comprendió dónde se hallaba.

A medio metro de sus desnudos pies había ladrillos recientemente ensamblados con cemento. Un resquicio le permitía respirar, y comprender que aquel resplandor fantasmal externo, lo producía la luna.

Arrodillado, se palpó la pierna izquierda. Estaba hinchada y le dolía, pero un prieto vendaje demostraba que Marc, alias Bisturí, había inyectado el antídoto.

Miró por el resquicio. Al frente, hileras de blancos recuadros en tres estantes, como alvéolos de panal. Nichos.

Se hallaba en el cementerio de Belrepós.

A su derecha, tanteó el asa de una cesta. Bebió con ansia del gollete del frasco de aguardiente.

Después, devoró con fruición animal el pastel de carne, la tortilla con salchichas y los ñames jugosos y frescos.

Al fondo, como una almohada, se apilaban sus prendas de vestir. Un privilegio, incluido en los mil francos percibidos por el sepulturero.

Los muertos de verdad quedaban desnudos, y sus ropas eran prebenda de salario para el sepulturero.

Marly monologó en voz baja, para oírse:

—Nicho sexto, de la tercera hilera, segundo estante, norte. No tiene pérdida.

Empezó a vestirse en postura incómoda, porque el espacio faltaba. Sobraba para un cadáver tendido, pero escaseaba para un hombre vivo.

Dejó los zuecos, por ruidosos. Se ató el calcetín derecho. Quedaba oculta la marca infamante de la argolla.

Encorvado, y de rodillas, fue tanteando las junturas de cemento de la salida tapiada. Estaba ya solidificado.

Por el resquicio, pasó la mano.

Guy Marly no tenía ya sentimientos, ni creencias ni supersticiones.

Pero algo indefinible le estremeció cuando en el dorso de la mano que asomaba al exterior, sintió un frío contacto viscoso, y un rumor susurrante, como el deslizamiento de un ser espectral.

Retrocedió el brazo con movimiento de repulsión.

Una voz queda habló, a la vez que se hacían más densas las tinieblas, al quedar obturado el resquicio por un rostro:

—Hola, 815... También se aburre el 566...

La ironía macabra era una enfermedad común en Cayena.

—Con quitar seis ladrillos bastará. Apártate que hay corriente...

Después me ayudarás a colocar las cosas en su sitio.

En el interior, Marly aguardó con ansiedad.

El sepulturero daba lentos y expertos golpes de cincel, envuelto el mango en trapos, al igual que el hierra del martillo.

Pensaba Marly que se volvería loco, si los sorprendían los guardianes estando él encerrado, sin posibilidad de defenderse ni escapar.

Uno tras otro, seis ladrillos fueron bamboleándose, y los recogió el propio enterrado en vida. Se deslizó fuera, con rapidez.

En el camposanto, la luna bañaba en azogue los muros. El sepulturero, ex presidiario, removi6 en el cubo la mezcla. Dijo:

—Dame los ladrillos, 815.

—Es tu oficio, y no el mío. Llévame enseguida al 566.

Con la gaveta en la mano, el sepulturero, replicó:

—Busca tú mismo.

Alzó Marly la rodilla, y a la vez, adelantó un codo.

Alcanzado en el bajo vientre y en la nariz, el sepulturero gimió, pero su paleta intentó cortar de arriba abajo.

Un segundo codazo, seguido de un puntapié, le hizo caer de rodillas.

Marly murmuró:

—Tú me estrenas, buitres. Ponte en pie, y echa a andar hasta el 566. Y fíjate bien en lo que voy a decirte, pollino.

El sepulturero estaba incorporándose.

Marly le pisó la muñeca derecha, a la vez que le asía por los

cabellos.

—Deja en el suelo la herramienta. Bien... Me vas a hablar con el debido respeto, idiota.

Lo puso en pie, sin soltarle el cabello. Colocó la mano izquierda en rededor de su cuello.

—Bien está que los funcionarios me llamasen por el Humero. Pero tú eres de mi misma piara. Vas a llamarme señor Marly. Un capricho como otro cualquiera. Y si vuelves a intentar idioteces, te voy a hacer el honor de meterte en el nicho. Mira qué hermosa noche... Sin lluvia, fresquita, con una luna que es pura delicia. ¿Qué te parece, caimán? Contéstame con el debido respeto. Hermosa noche, ¿verdad, puerco?

Sacudido por el cabello, el sepulturero, rezongó:

—Hermosa noche, señor Marly.

—¿Qué tal es tu oficio, hiena? Te gusta tapiar nichos, ¿verdad, hiena? Has cobrado dos mil francos y luego te chivarás, apenas levantemos el vuelo, ¿no?

—Yo te... Yo le juro, señor Marly, que... Suélteme, que...

—¿Cuándo ha de venir Marc?

—Esta noche..., dentro de dos horas... Yo...

Intentó libertarse con una alevosa patada.

Pero Marly, en dieciocho años de caserón, conocía todos los recursos traicioneros.

Hizo con las dos manos un movimiento de vaivén.

La que asía los cabellos, los soltó para palmear la nuca, echando hacia delante la cara, en cuyo mentón, la zurda asestó un corto gancho.

La patada se truncó a medio camino, quedando la pierna asida entre las dos de Marly, que repitió tres veces el mismo golpe doble.

Palmear la nuca y golpear el mentón.

Soltó entonces la pierna prisionera, para proyectar su cabeza contra el cuello del entontecido sepulturero.

Ya en el suelo, le propinó dos puntapiés certeros. Después, lo cogió por los sobacos, izándolo, y lo deslizó al interior del nicho recién abandonado.

Le ató las muñecas con los tobillos, empleando la propia camisa y cinto del sepulturero.

Recogió los ladrillos y efectuó el primer trabajo normal de su vida,

al remover la argamasa y ensamblar los seis ladrillos.  
Terminada la faena, sujetó en sus pivotes la lápida, que decía:

«Yace en paz, el número 815.  
R. I. P.».

Escupió en el suelo.

—Cuando te saquen los guardianes, podrás hablar a gusto, chivato. Vas a sudar los dos mil francos que pretendías cobrar a ex compañeros tuyos.

Veinte billetes de cien, que ahora estrujaba Marly en su diestra, después de sacarlos del bolsillo posterior del pantalón del sepulturero.

Se orientó, para dirigirse al muro norte. Un silencio total acompañaba los pasos del que, martillo y cincel en la diestra, se encaminaba hacia la lápida del número 566.

Fue contando, hasta que a la altura de su rostro, vio el número 566. Y un resquicio.

—Teo.

Tardaban en contestar. En el interior, Teodoro Lavern, dormía. Insertó Marly el cincel, y golpeó. Al segundo martillazo, en el resquicio, inquirió la voz de Lavern:

—¿Eres tú, 815?

—Presente. Apártate, y recoge desde dentro los ladrillos.

Arrodillado, en torsión de busto, Lavern hizo más que recoger, cuando cayó el primer ladrillo. Con las manos engarfiadas, fue arrancando el resto.

Tenía a orgullo ser un coloso ciclópeo.

Deslizó primero las piernas fuera, y al quedar en pie, murmuró:

—Hola, Guy. Te echaba de menos. ¿Y el albañil? Puede chivarse si se queda solo...

—Está solo, en mi nicho, bien seguro. No ha de tardar en venir Marc. ¿Dónde está la lancha?

—Me hice con varias bolsas de plástico, muy curiosas. Hinchadas, serán los flotadores. El casco, unos juncos con mimbrera trenzada y una lona. Tres palas, para remar. Pieza a pieza, las enterró Marc al pie del muro. Oye, te echaba de menos, Guy.

—Vete a desenterrar las piezas. ¿Dónde están las armas?

—Marc no me lo comunicó.

—Vete a desenterrar las piezas.

El coloso miró en rededor, y después dijo tímidamente:

—Será del género idiota, pero siempre me inspiró respeto todo «eso»... Aquí se masca el silencio, y hay susurros...

—Los muertos son los únicos en quienes puedes tener siempre confianza. Vamos.

Escalaron una tapia, y al otro lado, se arrodilló al pie de un árbol Lavern, escarbando con el cincel.

Sacó cajitas planas, dos mimbreras enrolladas, una lona doblada, un mástil en tres piezas, que se entrocaban entre sí, y tres palas.

Y ambos, se arrodillaron como salvajes ante un ídolo.

Al fondo del hoyo, unas telas de saco, engrasadas, envolvían largos objetos.

Dos rifles, tres cananas con munición, un revólver de tambor para seis balas, y tres machetes relucientes entre grasa, quedaron sobre la arpillera extendida.

Lavern acariciaba amorosamente la culata de un rifle, después de hacer jugar repetidamente el cerrojo.

—Fue listo Marc. Todo en el mismo sitio. ¿Cómo diablos conseguiría este arsenal?

—Ya se lo preguntarás a él.

—Tuvo que ayudarle alguien, por fuerza. ¿Puedo quedarme con este rifle, Guy?

—Tuyo. El otro para Marc.

Entre la camisa y el pantalón, insertó Marly el revólver, atando con trozos de arpillera el machete a un costado.

—Lleva tú las cananas. A Marc, le dejas solamente el rifle cargado.

—Ah... ¿Te enteraste ya del asunto de Marc?

—No me importa lo que hizo, sino lo que pudiera hacer, ahora, cuando estuviera a salvo. Y ten siempre presente que, si hay obstáculos, Marc es de los que se arrugan.

—Yo valgo por dos. De todos modos, sin Marc no tendríamos estas llaves de escape.

—Lo tengo en cuenta. Ahora, a esperar. Por aquel camino vendrá Marc. Pero también por el mismo camino puede venir la ronda.

Por el camino, al filo de la medianoche, dos siluetas se recortaron.

Acababan de surgir de un matorral.

Era reconocible el alto y flaco Marc *Bisturí*. A su lado iba una mujer.

—Maldita sea —gruñó Lavern—. Se trae consigo a la enfermera.

Marly apareció por la esquina, agitando los brazos.

Cuando tras la tapia se acurrucó Marc, estando algo alejada la mujer, dijo Marly secamente:

—Enhorabuena por tu trabajo, Marc. Pero la que te acompaña, sobra.

—Ella tenía el dinero. Ella compró las armas. Ella lo enterró todo. Ella avisó a Teo. Sin ella, estaríamos...

—La lancha tiene cabida para tres, Marc. ¿Qué clase de viaje crees que vamos a emprender? ¿Una luna de miel para ti, con dos mirones?

—Es brasileña. Viuda de un guardián. Conoce la comarca como el mejor guía. Si se queda, sabrán que me ayudó. A las cuatro de la madrugada, sabrán que me he ido.

Ella se acercó. Era alta, flexible, a pesar de ser rolliza. Una mulata clara, que en buen francés, dijo:

—Yo no seré un estorbo ni mucho menos, Guy. Ya verás cómo no.

Vestía una blusa ancha, gris, una falda de dril y calzaba botas.

Se alzó la blusa, mostrando el cinto cartuchera con dos revólveres, iguales al que poseía Marly.

Marly contestó amablemente:

—A tu riesgo, mujer.

Una mujer... Una Nochebuena... Lejanías en la niebla...

—Te advierto tan sólo que si la lancha a flote, sólo sirve para tres, irás al agua. Podrás seguir a tu amor nadando, mujer.

—Me llamo Tonia.

Lavern recogía en la lona extendida las bolsas de goma, y cuanto componía la lancha frágil, pero manejable.

—Directo al mar —indicó Marly—. Tú delante con Tonia, Marc.

Caminaron diez minutos por entre los matorrales, hasta que un brusco descenso, hizo crujir bajo sus plantas la arena de la playa.

Lavern, Marc y Tonia, hinchando las bolsas, fueron extendiendo la doble mimbrera.

Marly entroncó el mástil, afianzándolo en el centro de la balsa, sostenida sobre sus flotadores a medio metro de la espuma del

blanco oleaje.

A una distancia de diez pasos, entre las peñas, una voz autoritaria, gritó:

—¡Alzad las manos! ¡Pronto, antes de que disparemos!

Relucían las chapas metálicas del uniforme de dos guardianes.

La pareja de ronda costera.

\* \* \*

Tonia Silverio no había mentido al decir que no sería un estorbo. Su instinto, era más agudamente sensible que el de los tres hombres atareados en ultimar los preparativos de ensamblamiento de la balsa.

Un rumor para ellos imperceptible alertó a la brasileña, que corrió hacia los árboles.

Por entre ellos, vio cómo los dos guardianes de ronda ataban sus caballos, y apeados, rifle en mano, descendían cautelosos la ladera.

Uno de ellos dio un grito de intimidación y el otro apuntaba cuidadosamente hacia los tres fugitivos, que parecieron galvanizados por una fracción breve de tiempo.

Tonia demostró que no en vano su difunto esposo la había obligado a efectuar diarias prácticas de tiro.

«Durante mis turnos de servicio, al estar tú a solas, debo quedar seguro de que sabrás defenderte. Una mujer sola en La Guayana, tiene que disparar con pulso certero».

Tonia Silverio, disparó con pulso certero.

A la nuca del guardián que estaba arrodillado y a la sien izquierda del otro.

Los tres fugitivos corrían ya en distinta dirección, para protegerse, y a la vez disparar, ignorando que los dos estampidos procedían de los dos revólveres de la brasileña.

Peto el guardián que cayó de bruces, muerto, rota la base del cráneo, había ya crispado el índice en el gatillo del rifle, que percutió en doble disparo, hacia el blanco más seguro.

El corpachón de Teodoro Lavern, el marsellés.

Ninguno de los tres fugitivos llegó a disparar, porque el instinto les hizo comprender que primero debían parapetarse, y después, saber hacia dónde debían abrir fuego.

Los cuatro disparos estallaron casi simultáneos, y en el repentino silencio que siguió al eco, surgió la brasileña, humeantes aún los dos revólveres.

En la arena, Lavern, cara al cielo, dejó de revolcarse, apretándose con las dos manos el pecho.

Marc vino hacia él, cuando vio que Marly se dirigía hacia los árboles, seguido por la brasileña.

Lavern gimió en estertores:

—Me han despachado... Me quema el corazón, Guy... Dile a Marc que me saque los plo...

Se inmovilizó, muerto, plasmado en el semblante un estupor rabioso.

Marly, apresuradamente, estaba desnudando a uno de los guardianes. A su lado, la brasileña, hacía lo mismo con el otro.

No hablaba, mientras Marly encima de su ropa vestía la del guardián, y ella tendía prenda por prenda del uniforme al médico.

Marly asió por los tobillos el cadáver desnudo, arrastrándolo hacia la balsa, donde lo colocó. Repitió la operación con Lavern, tendiéndolo junto al guardián muerto.

Marc y la brasileña ya habían comprendido. Mientras colocaban el tercer cuerpo, Marly deslizó la lona, aseguró el cabo en el remate posterior y, ayudado por la pareja, empujó.

La balsa, con su cargamento macabro, se bamboleó unos instantes, hasta que cogiendo brisa, la lona se arqueó.

Marly corrió hacia donde estaban los caballos. Montó en uno, y con igual velocidad, Marc y la mulata asieron las riendas del otro.

Marly, azuzando a taconazos, comentó:

—Ahora comprobarás que la compañía te sobra, Marc.

Partió a galope hacia el Sur. Por un instante, el médico tuvo la tentación de seguirle a solas, pero ya en la grupa del caballo, a horcajadas, Tonia Silverio se enlazó a su cintura.

Y fue ella la que taconeó los ijares, apremiando:

—Al amanecer, estaremos en la frontera, Marc.

En el mar destacaba la lona, empequeñeciéndose hacia el Norte, mientras a todo galope, dos guardianes de ronda se dirigían al Sur, llevando uno de ellos a la grupa, una mujer.

Quienes les vieron desde lejos, tanto funcionarios como libertos, no vieron nada insólito en la desenfrenada cabalgata.

La deducción era lógica. Una mulata que guiaba a dos guardianes hacia cualquier choza, donde era necesaria la intervención de la autoridad.

Y al amanecer, los dos caballos yacían reventados en la altiplanicie meridional del Tumuc Humac, jungla amazónica, tierra de nadie, dominio de indios, yacarés, onzas y vegetación hostil.

Junto a los caballos, la ropa de los guardianes, y hacia el Oeste, en busca de la lejana frontera venezolana, dos hombres y una mujer.

Entre los tres, llevaban un arsenal. Cuatro rifles, cinco revólveres, tres machetes, seis cananas y un cinto cartuchera.

Anduvieron sin reposo todo el día. Anochecido, divisaban las cintas líquidas que serpenteaban hacia el Amazonas. Agua no les faltaría. Alimento, lo proporcionaban con creces determinados arbustos y ciertas raíces.

Tonia Silverio, sentada, se quitó las botas, para acariciarse las plantas ardorosas. Viendo declinar el día.

Marc *Bisturí*, empezaba a conocer el «pánico de la Brousse», que así mencionaban los presidiarios el extraño terror producido por la jungla amazónica.

Un pánico especial, que acometía a los imaginativos haciéndoles ver ojos acechando cruelmente por todos los lugares, tras rocas, lianas y floresta.

Sentado contra un tronco, dando frente a la pareja, dijo Marly:

—Por la vertiente costera, hay apenas dos días de camino. Pero también hay los mulatos costeros, que verán una fortuna en nuestras armas. Yo voy hacia el Oeste, hacia Sierra Parima.

—¿Sierra Parima? —repitió el médico—. Al sur de Venezuela, pero son más de mil trescientos kilómetros, Guy.

—Un cartero, camina por día sus buenos cincuenta kilómetros, sin darse cuenta. Yo pienso darme cuenta de que en cada pierna puedo aguantar por jornada, treinta. Haz el cálculo, Marc. Menos de un mes.

—Hay bororós, motilones, leopardos, el sol abrasador, las lianas cortadoras, y un sinfín de peligros, Guy.

—Yo no obligo a nadie. Nos hemos ayudado hasta aquí. Cada cual tiene sus propias piernas y armas. Y ya no estarás solo, Marc. La mulata sabe caminar. Nos ha demostrado que tiene más vista y agallas que nosotros mismos. Casi tiene derecho a hablar. Ya oíste,

Tonia.

Ella, con su falsa dulzura sumisa, manifestó:

—Un hombre solo no puede llegar a Sierra Parima. Aunque caminase cien leguas diarias, tendría que descansar por la noche.

—Y yendo hacia el mar, no hay la menor posibilidad de escape. Ya debiste enterarte, Marc. Aquí no hay guardianes. Es la Tierra Alta. Un revólver vale más que diez vidas, y un rifle... Por un rifle, los mulatos escapados de las *fazendas*, matarían a sus propios padres. Prefiero enfrentarme con indios y fieras, porque ochenta balas dan mucho de sí.

Exhausto, el médico se tendió de bruces, replicando:

—Mañana, al amanecer, decidiremos.

Se levantó Marly, y la bota derecha que fue de un guardián, chocó de puntera contra las costillas del que ya estaba durmiendo, y respingó:

—Hay que sortear, Marc. Dos duermen, y uno vigila. Si el que debe responder de los otros dos, se duerme... se muere. Más vale ir a dos, que en trío mal avenido. Si estás reventado tan pronto, haberte quedado allá. No vaya a darte lecciones de coraje una hembra. Tú misma sortearas, Tonia. Corta dos ramitas, y el que de nosotros dos, Marc, saque la más larga, hace el primer turno. Tienes reloj, Marc. A tres horas cada uno.

El primer tumo le tocó a Marly, que ciñó en su muñeca el reloj del médico. Tres horas infinitas, interminables.

Susurros, sombras movientes, rugidos repentinos, gemidos lejanos, todos los murmullos de la jungla.

Al término de las tres horas, Marly hincó repetidamente la puntera de su bota en el costado del médico.

Casi sintió algo similar a admiración, al oír a Tonia que, incorporándose, decía:

—Haré tumo contigo, Marc. Los dos juntos, podremos aguardar hasta el amanecer.

Marly volvió a adosarse al tronco, limitándose a aflojar el cinto, y terciar el rifle sobre sus piernas, con la diestra rodeando el guardagatillo. Cerrados los ojos, gruñó entre dientes:

—No. Apágala.

La entonación de Marc se hizo persuasiva:

—Una hoguera aleja a los leopardos, Guy.

—Y atrae como un imán a los indios. Entre los dos tenéis tres rifles, tres revólveres y cuatro ojos. Si queréis arrullaros al resplandor de una fogata, id hacia el Este, a una distancia no menos del kilómetro. Y si hace fresco, pega saltitos, Marc. No es preciso que te mortifiques contestando, Marc. Si no estás de acuerdo, sobra terreno. Yo hice ya provisión de sueño para todo el mes que me queda. Y prefiero morir por no dormir, que andar con un flojo. Parecía que hablaba con los ojos cerrados, pero Bisturí, no se engañó.

Su respuesta fue sincera:

—Tienes razón, Guy. Duerme tranquilo. Empezamos juntos, y juntos hemos de llegar al final.

Al amanecer, empezó la odisea de tres seres deshumanizados, con ansias primitivas y temores ancestrales. Mientras siguieran las últimas estribaciones del Tumuc Humac, bordearían la selva.

Repentinamente ráfagas de viento sucedían a encalmadas ardorosas. Y al tercer día de caminata, resonó la estridente sinfonía de la selva. Gritos, arrullos, cacareos, llamadas agudas, aullidos de simios, silbidos de reptiles, ronquidos felinos.

Y todo se callaba al paso de los tres fugitivos. Varias veces, el machete de Marly descabezó extraños animales, reventando peludas arañas, y cortando en el aire el salto de un felino.

Al sexto día de marcha, al anochecer, Marc era un hirsuto y febril fantasma, con la ropa hecha jirones, y ojos encendidos de loco.

Consintió Marly en que encendiera una fogata.

—Somos como tres náufragos perdidos en un mar interminable de jungla —dijo el médico, riendo. Una risa que castañeteaba—. Llevamos seis días andando diez horas constantes. Nosotros los yanquis, dicen que somos gente emprendedora.

Era la primera vez que aludía a su nacionalidad. Marly envolvía sus pies en trapos mojados en el cercano riachuelo.

—Ya debes saberlo, Marly. Nací en Nueva York. Allí era un cirujano famoso, hasta que me enamoré de una parisina. Fui a Francia y durante siete años viví normalmente. Después..., sucedió lo que sucedió.

—Y que te puedes guardar para ti, matasanos. Duerme, y mañana, ya estarás del todo repuesto. Has progresado, y tu mujer vale mucho.

—También valía mucho mi esposa, hasta que la operé. Fue una operación larga, sin anestesia... Toda una noche...

—Los detalles te los puedes ahorrar, Marc.

—La policía me llamó verdugo, y el tribunal me calificó de sádico. ¿Sabían ellos lo que me hizo ella padecer moralmente?

—No te presentes como víctima, Bisturí. Quedó bien claro que tu esposa era una hembra decentísima, y que tus celos eran producto de tu imaginación. ¡Duerme y calla, maldición! Esta noche nos turnaremos Tonia y yo.

Al amanecer siguiente, el médico parecía haber olvidado su confidencia pasajera.

Mientras calentaba agua, donde echó hojas de menta, dijo Tonia:

—Hemos dejado atrás tres afluentes. La que ahora recorremos, es pues, la cuenca del Trombetas y el Serpa. Los bororós están lejos, y no debes pensar en el leopardo, Marc. No es fiero, sino cobarde, y se agazapa en las ramas. Basta mirar siempre las ramas, y con un disparo, sobra para hacerlo huir.

La noche del séptimo día, mientras dormía el médico, ella también se hizo confidencial:

—No tengo sueño, Guy. Y me temo que antes de llegar, Marc se vuelva loco.

—Imposible, porque siempre ha estado loco. Es un imaginativo, pero aguantará. Tú le sirves de estímulo, y le das ánimos.

—Me prometió que en México nos casaríamos, y como es un buen médico, podrá conseguir licencia para ejercer, apenas le arreglen una documentación. ¿Tienes novia que te espere, Guy?

Experimentó Marly de pronto un extraño malestar. La mulata, como todas las noches, había efectuado largas abluciones. Aquella noche, empleaba la falda a modo de pareo, desde los sobacos a lo alto de los muslos.

Aproximándose más, comentó ella:

—Es un egoísta. Duerme, y nosotros hemos de velar. Es poco hombre...

Cuando sus labios se aproximaban a los de Marly, éste interpuso la diestra abierta, aplicándola en el rostro femenino, y empujándola con brutalidad, silabeó:

—Vete a su lado, Tonia.

Saltó ella en pie. Por un instante, creyó Marly que si cogía Tonia del

suelo los dos revólveres, era con intención agresiva hacia él.

En un momento, la cima de la roca se vio invadida por deformes seres humanos. Una docena de bororós, agitando machetes y lazos. Disparó ella, con fría precisión, y el rifle de Marly repercutió con rapidez.

El médico, tendido en el suelo, disparaba alocadamente. El crepitar de la pólvora, hizo emprender la retirada a los tres supervivientes. Tras ellos, corrieron Marly y la mulata, disparando.

Regresaron para sentarse espalda contra espalda. Habló ella con gutural salvajismo:

—¡No dormirás más, Marc! Tras éstos, vendrán motilones, y hasta no llegar al claro del Serpa, hay que caminar sin parar.

El médico, sentado contra la base de una roca, encañonaba a todos lados. Rió febrilmente.

—Hermosa y delicada criatura, ¿verdad, Guy? Ya asoma su verdadero carácter.

—No hables así de ella, doctor. Vale más que muchos que presumen de valentones.

—Y empieza ella a pensar que vales tú más que yo.

—Celitos, no —masculló Marly—. No fastidies. No es la ocasión para sentirte celoso. Tonia sabe perfectamente que te casarás con ella, y es estúpido tu modo de comportarte. Es tu mujer, ¿no? Te ha ayudado a escapar, ¿no? Gracias a ella...

Se interrumpió, disparando contra una cabeza que asomaba la erizada pelambreira. Un lazo silbó, enrollándose alrededor del torso de Marc Seldom.

Gritó el yanqui, al ser arrastrado. Abatió Marly con ímpetu su machete, cortando la cuerda, mientras Tonia disparaba el rifle.

El médico, arrastrándose libre de la cuerda, volvió a adherirse a la roca.

Por tres veces, durante el transcurso de la noche, repitieron los motilones sus intentos. Pero colocados en los bordes de la pequeña cima, los tres fugitivos, dominaban con sus armas de fuego.

Amaneció en gris neblina, y en el cielo se formaban extrañas nubes que giraban como peonzas. Súbitas ráfagas violentas doblaban la vegetación, y los tres caminaban encorvados, teniendo que asirse a lianas y tallos, para no ser derribados.

No se divisaban motilones. Explicó ella, que de día no atacarían.

Al mediodía, hicieron alto en un claro elevado, desde el que veíase el curso de dos anchos ríos paralelos. El Trombetas y el Serpa.

Al Norte, se destacaba una cordillera de agudos picos, en cuyas cimas, la tormenta batía su pleno, con chispazos fulgurantes.

Y de pronto, Marc Seldom, gritó como un alucinado:

—¡Un avión! ¡Allí! ¡Os digo que es un avión!

A unos tres kilómetros de distancia, en la explanada entre los dos ríos, se divisaba una masa negra, chamuscada, empotrada en el pedregal. Los motores y la parte delantera de la carlinga de un *Rubber 43*.

El ruido que desde media mañana habían creído eco de truenos, era el de los tres motores del avión, que en la neblina, intentó un aterrizaje forzoso.

## CAPÍTULO VI

Faltaban veinte minutos para el mediodía, cuando una espesa masa blanquecina, rodeaba en compacta y algodonosa envoltura el avión. Hasta que de pronto, como si agujerease un telón blanco, el avión salía a un espacio claro. Era obligatorio un aterrizaje forzoso.

Desde la altura se divisaba el extenso llano, y el avión cabeceó en descenso. Cuando distaba apenas un centenar de metros del suelo liso, se vio de nuevo rodeado de bruma.

El aterrizaje habría resultado perfecto, ya que en toda la llanura solamente había unos seis pedregales. Masas roquizas, restos de erosión.

Pero uno de los pedregales, envuelto en la neblina rasante, detuvo el decreciente deslizamiento del aterrizaje forzoso.

El estampido fue estruendoso, partiéndose en dos la carlinga, al elevarse de cola el aparato.

El tren posterior, con su humano contenido, fue rodando, hasta inmovilizarse a unos veinte metros.

Las llamas convirtieron en pavesa la parte empotrada en el pedregal, donde ya al choque, los dos pilotos yacían sin vida.

El choque sorprendió a Chick Parker en pie, disponiéndose a ir a interrogar a los dos pilotos. Salió proyectado hacia un costado.

Harry Ferguson, lanzó un grito angustiado, mientras rodaba por el suelo, en confusa pugna por incorporarse.

Yvory Ferguson, quedó tendida, inmóvil.

Luis Logrado, de rodillas, sacudió la cabeza, mareado.

Glen Stevens, fue palpándose, maquinalmente.

Los cinco minutos que siguieron, no tuvieron cohesión, porque recuperada de su desmayo, sollozaba Yvory, abrazada a su padre que, lívido el semblante, parecía privado de vida.

Glen Stevens había encontrado la arquilla botiquín, donde los bien equilibrados compartimientos, conservaban intacto su contenido.

Entregó vendajes, frascos, inyectables de aceite alcanforado y gasas, al guayanés, diciéndole:

—Atienda a Ferguson, por favor.

Se arrodilló junto a Chick Parker, en cuyo cráneo, sangraba la brecha. Una fea herida.

Respiró con alivio, cuando prietamente vendada la cabeza, Parker reaccionó a los efectos del inyectable.

Tenía los ojos amoratados, y aunque conmocionado, estaba fuera de peligro. Lo tendió sobre un sillón, cuyo respaldo bajó.

Fue entonces a observar la cura que estaba efectuando Logrado, que afianzaba una de las tablillas contra fracturas en la pierna derecha del financiero, dijo:

—No se alarme, Yvory. Simplemente dos fallos en los huesos. Nos hemos salvado de milagro... ¡Malditos pilotos!

Reprochó Stevens:

—No tuvieron la culpa. Y no debe ofender a dos muertos, Logrado. Ardieron con el casco delantero, y todo el aparato habría ardidido, si hubiese llevado su carga normal. El espacio central vacío, nos ha salvado.

Poco después, ayudaba a tender sobre otros dos sillones al exánime millonario. Dijo extrañado:

—Para dos fracturas sencillas, debería haber recuperado ya el sentido.

—No quise que sufriera mientras le reducía las fracturas, ¿comprende? En el botiquín había morfina. Así dormirá unas horas, que no le vendrán nada mal.

Yvory se sentó junto a la cabecera, aún no repuesta de la trágica impresión.

Saltaron fuera del resto del aparato Logrado y Stevens. La bruma volvía a elevarse, barrida por otra nueva ráfaga de borrasca.

Contra el pedregal, terminaba de reducirse a pavesas la parte delantera, irguiendo solo el fuselaje, en esqueleto rojizo.

—Usted que conoce bien estos parajes, coronel, podrá orientarme.

Logrado se inclinó para recoger un puñado de tierra, que dejó resbalar lentamente por entre sus dedos enjogados.

—Cuando despeje la niebla, y no va a tardar, podré orientarme, míster. La tierra parece «desfichada», como la hay en cientos de leguas entre el Serpa y el Trombetas. Por entre esos ríos, al Norte, suelen caminar motilones y bororós. A éstos, les encanta la carne humana, bien asada. Más que una cartera de secretario, le convendría ahora una automática o un rifle, míster.

Los claros ojos del guayanés parecían regocijados. Stevens miraba evolucionar en torbellinos las masas blanquecinas, remontando.

Un rayo de sol doró el paisaje, y Luis Logrado, opinó:

—Aquella loma, a milla y media, es la Fonté Boa.

—¿A qué distancia estamos de un poblado? —inquirió Stevens.

—Míster, míster —rió burlón el guayanés—. No estamos en el Central Park de Boston. Amárrese los calzones y procure encajar la mala noticia. Aquella loma, la Fonté Boa, dista a lomos de un caballo, unas cuarenta y ocho horas de la primera barraca minera propiedad del señor Ferguson. A pie, pongamos tres días con sus noches, para un buen andarín. Lo soy. ¿Lo es usted?

—Pero han debido vemos caer, y alguien acudirá.

—Rece para que no acudan los únicos que han podido vemos. Los caníbales bororós.

—Si es posible, debemos tranquilizar a. Yvory Ferguson.

—Estoy en ello. Pero lo indiscutible es que nos encontramos con dos inútiles, y que es obligatorio salir de aquí. Llevando a cuestras a los dos inválidos, tardaremos una semana. Y si los dejamos, los bororós se los merendarán. No me tache de grosero, sino de realista, míster.

—Lo extraño es que parece usted alegrarse, coronel.

—¿Yo? Escuche, míster... Siempre me he tomado con buen ceño las cosas tal como vienen, y a las mujeres tal como son. Se ahorra uno quebraderos de cabeza. Usted es uno de los secretarios particulares del señor Ferguson. Debe, por lo tanto, tener iniciativas, ¿no? Sugiera alguna.

—Con restos de fuselaje podemos hacer unas andas, y ponemos cuanto antes en camino.

—¿Llevando a cuestras al paquidermo del asesor minero? Sugiera algo más razonable, míster.

—Usted puede ir en busca de ayuda. Yo trataré de evitar que ningún bororó almuerce gratuitamente, si me deja un arma.

—¿Un arma? ¿Qué arma, míster?

—Usted es el práctico, coronel. Sugiera.

—Puedo encontrar mulos portadores en menos de dos días. Pero no abandonaré a Ferguson ni a su hija.

—Consultemos pues, con ella. Si no estuviera bajo los efectos de la morfina, sería Ferguson el que decidiría.

Se encaminaron hacia la carlinga posterior. El guayanés pareció

querer anudar el cordón de uno de sus zapatos.

Stevens se detuvo a su lado. Desistió Logrado, por el momento, de emplear la panoplia ceñida a sus piernas.

Entraron y se aproximó Yvory. Estaba ya serenada.

—Los dos duermen y la temperatura no es excesiva. ¿Estamos cerca de las minas, coronel?

—De esto venimos a hablar, Yvory. Ni su padre ni Parker pueden andar, y el coronel se ha ofrecido a ir en busca de portadores al poblado más cercano. Nosotros esperaríamos su regreso.

El guayanés hizo un ademán evasivo, antes de contestar:

—Como gerente a las órdenes del señor Ferguson, no puedo abandonarlo aquí. Es peligroso el cerco de selva, Yvory.

—Glen nos protegerá, coronel.

—Lamento disentir, y no porque valore mal las dotes del míster secretario, pero aquí no estamos en Boston. Hágame el favor de echar una ojeada al horizonte, Yvory. Después, decidirá.

Ayudada por las dos manos ofrecidas, saltó ella fuera de la carlinga. El horizonte, al Sur y Este, aparecía totalmente despejado. Cabrilleaba el curso del Serpa, perdiéndose a trechos entre exuberante verdor.

—La barraca primera está a cuarenta y ocho horas de distancia, a caballo. Yo le dibujo un croquis, míster, y usted llegará pronto de regreso con mulos y portadores. Yo me quedaré a proteger a la señorita.

—Que decida ella.

Yvory miró vacilante a los dos hombres, alternativamente.

—Yo creo, coronel, que usted llegaría antes y con más certeza, porque es un perfecto conocedor de cada palmo de terreno, totalmente desconocido para Glen Stevens.

—Prefiero esperar, entonces, a que sea el señor Ferguson el que decida. No quiero que al recobrar el sentido, pueda bajo ningún concepto, acusarme de haberla dejado sola, Yvory.

Stevens no perdía fácilmente la sangre fría, pero la última frase del guayanés, fue dicha con tono voluntariamente ofensivo.

—Regrese junto a los dos durmientes, Yvory. El coronel y yo, mientras, echaremos a suertes.

Ella obedeció, desapareciendo tras el pedregal.

Al cabo de irnos instantes, especificó Stevens:

—Óigame bien, coronel. Hace ya un buen rato que está usted pidiendo a gritos lo que no quiero hacer, aunque la idea me encanta.

Encorvándose lentamente, sonrió el guayanés:

—¿Se puede saber, míster, que idea le tiene encantado?

—Romperle la cara.

—El choque, las vueltas, la impresión y todo este zafarrancho, le han mareado, míster. La suerte decidíó. Usted va a ir a buscar refuerzos, y no volverá.

En la diestra de Logrado acababa de aparecer un cuchillo corto, de ancha hoja. Añadió:

—Usted está sobrando, amiguito. Me he dado cuenta de que la niña se parece por usted, amiguito, y no vale... no vale...

Avanzó dos pasos, agitando significativamente el cuchillo, en tajos formando aspa en el aire.

\* \* \*

—Los motores arden todavía, Guy. Se ha debido estrellar hace poco. Y los pasajeros tienen documentación —insinuó Marc Seldom.

Marly avanzaba ya a largas zancadas hacia el pedregal. Los tres llegaban cerca de los restos de la parte delantera.

De pronto, Marly, con rápido ademán, alertó a sus dos compañeros de fuga y se ocultó en una de las grietas laterales, tras una roca.

A su espalda, se agazaparon Tonia y el médico.

Oyeron los pasos alejarse, y al poco, regresar. La conversación no era comprendida por Marly. Hablaban en inglés.

Asomó, para ver desaparecer en el interior de la carlinga hasta entonces oculta a su visión, a Logrado y a Stevens.

Regresó junto al médico.

—¿Qué decían, Marc?

—Hablaban de dos heridos, de una chica, de las minas, de la dificultad de llegar a un poblado. Uno es guayanés...

—Calla. Vuelven.

Marly se colocó de modo que podía divisar a los que se acercaban, sin ser visto.

Un recio espasmo le sacudió, obligándole a cubrirse los ojos con las dos manos crispadas.

Su cerebro martilleaba con trepidación de enloquecimiento, ante la imagen que acababa de ver.

La mujer que estaba entre los dos desconocidos era Yvette, la florista. La de una Nochebuena, lejanísima, junto al Sena.

Era totalmente imposible. Estaba sufriendo una alucinación.

Volvió a mirar y un escalofrío le hizo temblar de pies a cabeza. ¡Era Yvette!

La llamarada indescriptible del cabello, los ojos, únicos en su romántica belleza... Igual en todo, como si los años no hubieran transcurrido. Nada oyó y solamente se dio cuenta de que ella volvía a desaparecer.

Y recuperó su temple normal, apaciguando con un ademán el gesto elocuente con el que Tonia encañonaba el rifle hacia los dos individuos, que frente a frente, era evidente iban a pelear.

El guayanés, canturreaba:

—... Me he dado cuenta de que la niña se parece por usted, amiguito, y no vale... no vale...

—No diga sandeces, coronel. ¿Qué resentimiento tiene contra mí?

—No retroceda ni se eche para atrás, joven yanqui. Usted es otro aprovechado, que con sus manos limpias se disfrutaría los beneficios de los sudores de Duplessis.

—Y los quiere para usted solo, ¿no?

—Adivinó, amiguito. No se escarbe más el pecho, porque si esconde arma, antes de que la saque, le rajo en canal. No pretenda ahora engañarme, fingiendo que ve visiones a mi espalda.

Glen Stevens miraba con asombro a los tres extraños seres que aparecían por entre el pedregal.

Dos hirsutos y demacrados sujetos, con la ropa en jirones, y una mulata.

El que iba delante, de ojos azules y cabello castaño, conminó en francés:

—La pelea para luego, tú, el del cuchillo, si es que me entiendes.

Luis Logrado giró lentamente sobre sus talones, y cerró el muelle del cuchillo. Replicó en francés:

—A veces, Brasil es pequeño, muy pequeño. ¿Explotadores extraviados?

—Íbamos en caravana, pero los portadores, mataron a dos compañeros, huyendo con todo el equipaje y nos dejaron solos.

Estábamos extraviados. Nos acercamos al ver el avión partido en dos.

También en francés, dijo Stevens:

—Bien venidos, y ha hablado usted, muy oportunamente al aconsejar la pelea para luego. Unidos, ya no debemos temer a los bororós, y podemos llegar a sitio civilizado. Iré a avisar a la señorita Ferguson.

Corrió Stevens hacia la carlinga. Luis Logrado, sonrió:

—Un muchacho impulsivo. Me desafió...

Atajó Marly:

—Ha hablado de una señorita Ferguson.

—La hija del millonario, que está quebrado de pierna y costillar. Oigan, amigos, llevan armamento bueno y sobrado.

—De los dos compañeros muertos —replicó Marly—. ¿Qué edad tiene la señorita Ferguson?

—Habrá cumplido apenas los dieciocho. Pero, oiga, amigo, tiene usted preguntas raras... ¿No me conocen de oídas? Soy el coronel Luis Logrado, gerente de las minas Mycsa.

Tonia Silverio rió con diapasón ronco.

—Es de los nuestros, Guy. ¿A que no sabes lo que decían en la frontera del Matto Grosso acerca del señor coronel?

—¡«Suauu»! Guapa y habladora es la brasileira...

—Soy. Y hemos tenido mucha suerte, Guy. Pregúntale por ejemplo al coronel... ¡si le duele el tobillo derecho!

Luis Logrado irguió el busto, como si le hubiera picado una avispa en la nuca sudorosa. Añadía Tonia:

—No se llamaba Logrado, ni Luis, cuando escapó del presidio de la Guayana inglesa. Sé llamarla, a lo mejor, Martinho.

—¡Qué pequeño es Brasil a veces! —rió con forzada jovialidad el ex convicto—. Ya me parecíais vosotros unos exploradores extraños... Seguid así, de todos modos, y nos repartiremos un buen lote. Millones a la vista.

Stevens acudía con Ivory. Guy Marly creía soñar.

Era imposible que una muchacha americana pudiera parecerse tan exactamente a una florista parisina, que sólo amó físicamente por unas horas, pero nunca olvidó.

—La señorita Ferguson —presentó Stevens—, celebra mucho saber que ahora podríamos emprender el camino hacia la barraca primera

de las minas del Serpa. Hay dos heridos que podremos transportar. En cierta ocasión, durante el viaje mencionó cierto telégrafo de la jungla, coronel. Le agradecería que lo repitiese a la señorita Ferguson. También esta señora y sus dos acompañantes, desearán llegar pronto a sitio civilizado.

Luis Logrado, Martinho, se encogió de hombros.

—Con tan buena escolta, no necesitamos más ayuda.

—Sí, coronel —objetó Stevens incisivamente—. Transportar a los dos heridos en andas, ahora, es ya inútil. Avisando con su telégrafo, podrían acudir con cabalgaduras. Comprenda que llevando en andas a los dos heridos, nos sería difícil emplear las armas, si nos atacasen.

Con curiosidad, detallaba Yvory a los tres fugitivos. Le extrañaba la fijeza con que le miraba aquel esbelto individuo de ojos azules.

Explicaba Stevens:

—Hablo en francés, porque también Yvory conoce perfectamente el idioma que era el de su madre.

Pestañeó Marly. ¿Madre francesa? ¿Yvory?

—Sea amable, coronel —intervino Yvory—. ¿Qué clase de telégrafo puede usar?

Martinho pronunció cuatro palabras que parecían sin sentido, casi una canción, en idioma brasileño.

—Tus dos armas, preciosa.

Tonia Silverio encañonó los dos revólveres en rápido movimiento hacia Stevens.

Sobresaltada, Yvory buscó refugio entre los brazos de Stevens, que la enlazó a un costado.

—Y ahora, quieto, míster —sonrió el guayanés—. Vamos a terminar pronto. Estos tres exploradores, son mis aliados. No se proteja con una mujer, míster. Apártela... No tiembles, paloma. Desde que subiste al avión, medité que en vez de pedirle a Ferguson el cuarenta y nueve por ciento de las acciones, sería mejor asociarme como yerno... Estos exploradores son fugitivos. Presidarios.

—Como tú mismo, angelito —intervino Marly secamente—. Y es mejor hablar claro. No te agites, coronel, porque tengo el índice nervioso, y a ti, Tonia, no te mando a la cocina, porque no la hay. Apártate, y vete con el doctor a la carlinga. Sacaremos más beneficios, si no lo olvidáis ni un momento que yo soy el que llevo

el timón. Andando los dos, y tú, coronel, cruza las zarpas en la nuca.

Marc Seldom y Tonia obedecieron, alejándose.

Stevens seguía enlazando el talle de Yvory.

El guayanés cruzó los brazos, y exclamó:

—¡Este fulano es un agente del Departamento de Seguridad Internacional! En la carpeta de Ferguson había una hoja escrita que yo...

—Te lo callas, coronel —atajó Marly—. Y será mejor que no hables, mientras yo no te autorice.

Marly se había aproximado, sosteniendo verticalmente el cañón del revólver junto a su sien.

El guayanés no comprendía los motivos de la intervención de Marly.

—Tú, niña —y la voz de Marly tuvo un extraño truncamiento—. Habla. ¿Qué sucede aquí? Estos dos iban a matarse, cuando aparecimos nosotros.

—Yo... Habla tú, Glen.

—Este hombre mató a un ingeniero francés. Está empleado por el señor Ferguson, y tanto él, como su hija Yvory, serían fácil presa de este traidor, que quiere beneficiarse del descubrimiento del francés, al que mató.

—Luego, lo entenderé mejor. Habla tú, Yvory. ¿Este mozo es agente de policía? No es preciso que mientas, pequeña. Contigo, el mozo va seguro.

—Soy agente de la Seguridad Internacional, y mi única misión es la de proteger a Ferguson, e impedir que el invento de Duplessis pase a poder de...

—¡Vale millones! —chilló Martinho.

Esquivó hábilmente, pero el rodillazo de Marly y el culatazo en la mandíbula, le alcanzaron igualmente.

Repitió Marly el doble golpe y al desplomarse al suelo el guayanés, dijo fríamente:

—Cumple, mozo. Ata al coronel, pero recuerda bien que conmigo no debes jugar a ladrones y policías. Ni conmigo ni con mis dos compañeros. Somos gente totalmente aparte de vuestros negocios y problemas.

En el suelo, Logrado hurgaba en su pierna, pero ya se abatía sobre él Stevens, que remató la labor iniciada por Marly.

—Atalo bien, porque es un cerdo peligroso... ¡Mira que pretender casarse contigo, niña!

Yvory, asustada; retrocedió. Marly, sonriendo, le producía más miedo que con su habitual ceño reflexivo.

—No me tengas temor, niña. ¡Quieta! Tú, mozo, dile a tu chica que puedo ser un fugitivo, pero que contra ella nada tengo. Soy francés, y ardo en deseos de hablar con una compatriota.

Stevens terminaba de atar concienzudamente al guayanés, que seguía sin sentido. Incorporándose, trató de ser persuasivo.

—Gracias por su inesperada ayuda. Pero comprenda que las recientes impresiones han desquiciado un poco los nervios de Yvory.

—Yvory es muy parecido a Yvette, ¿no?

Ella, sobresaltada, exclamó:

—¡Mi madre se llamaba Yvette!

—¿Se llamaba...?

—Murió hace diez años. Tengo miedo, Glen... No sé por qué hablo así con un...

—Un hombre que nos ha ayudado, Yvory. No nos corresponde juzgarle, sino agradecerle su actitud.

—Bien hablado, mozo. Lástima que seas de la poli. Anda, quítale las herramientas al coronel, y llévatelo. Quiero hablar de Yvette con la niña... ¿Me oyes o qué, mozo? Y tú, Yvory, si vuelves a huirme como si yo fuera un leproso, me sentará atrocemente mal. Vete al resto del avión, mozo, y dile a mi compañero que yo llevo el timón. Titubeó Stevens un instante y murmuró:

—A ti no puede hacerte ningún mal, Yvory.

—Tú lo has dicho, mozo. Sólo quiero hablar con ella de una parisina que conocí, y que tenía sus mismos cabellos, sus mismos ojos...

Stevens se inclinó para colocar el hombro bajo el sobaco del desvanecido Logrado Martinho, al que levantó en vilo.

Aconsejó Marly:

—Por si acaso vigila a la mulata. Es violenta, y como viste, es de armas tomar.

Se alejó el agente con su carga humana.

Yvory Ferguson, tragando saliva, musitó:

—¿Usted... conoció a mi madre?

—Una florista parisina.

—¡Sí! Mi padre la conoció en París, donde ella tenía una tienda de flores. Pero yo...

—Ya sé. Me tienes miedo, y piensas que no es el momento más adecuado para esta conversación. Exactamente, ¿qué edad tienes, Yvory?

—Yo, pues... dieciocho años.

—Tiemblas como el dulce de membrillo al salir del horno.

—También... tiembla usted...

Rió Guy Marly, en ronco espasmo.

—Contéstame a una sola pregunta, y podrás correr a refugiarte en los brazos de tu gavilán amoroso. ¿Cuánto tiempo hace que se casó Ferguson con la florista Yvette?

—Pues, lo normal... Hace diecinueve años, en París.

—Anda, puedes irte, hija.

Ella corrió, casi con frenesí.

No le cabía ya la menor duda. Aquel fugitivo presidiario estaba totalmente loco.

## CAPÍTULO VII

Lentamente, se encaminó Guy Marly hacia la carlinga seccionada. Al izarse, vio a Tonia y a Marc Seldom sentados junto a la brecha de ruptura. Al fondo, junto a los dos hombres vendados y tendidos, Glen Stevens y ella.

En el suelo, el guayanés, que recuperado, mordió las palabras.

—Estás loco, tú. Estos valen millones, y me golpeas a mí. Pero sólo yo sé dónde está escondido un invento que vale millones de dólares.

—Todo a su tiempo, coronel —atajó Marly, avanzando—. ¿Qué dices tú, pequeña?

—Yo, por lo que usted más quiera, le pido que salgamos pronto de aquí.

—¿Oíste, coronel? La pequeña quiere salir de aquí. Anda, cuenta el truco del telégrafo, coronel.

La bota del fugitivo se movía ante el rostro del guayanés que, retrocediendo a saltos sobre sus fondillos, se adosó contra la incurvada pared metálica.

Fue Tonia Silverio la que habló:

—El telégrafo que ellos emplean es humo de fogata, mojando ramas, y aventando con manta o trapo. Yo sé. La columna de humo sale recta, y entonces, para pedir auxilio, el extraviado da tres mantazos, que equivalen al

S. O. S.

Deja subir la columna de humo rectamente otra vez, y si hay petición de cabalgaduras, ondea la manta seis veces, pero siempre los que acuden, lo hacen a caballo.

—Esta mujer es un pozo de ciencia, Marc.

Levantándose, se acercó Marc.

—Escucha, Guy. No sé lo que te ha pasado, pero me parece que el que tiene razón es el coronel. Yo necesito documentación...

—Y caballos. El humo los traerá. La primera barraca es de las minas.

—Y vendrán, a lo mejor una docena de mineros.

—Entonces, tendrás caballos sobrados para elegir. Y mientras

lleguen, yo estoy seguro de que el millonario te firmará cheques. De los buenos. Ellos siempre andan con talonarios de cheques, a modo de armas.

—El joven es de la policía americana.

—Como si me dices que es el presidente de Canadá. El joven sabe muy bien que un pellizco en el fortunón de Ferguson no tiene valor, si con ello se quedan vivos el millonario y la niña. ¿Es que eres tan cándido para creerte que el coronel te iba a dar parte de sus millones de cuento chino? Lo que os iba a dar es una puñalada traperera. Míralo bien... Como él, sin afeitarse, has tratado a montones allá en La Guayana. ¿Qué dices, Tenía?

—Puesto así, bien. Pero el millonario está como muerto.

—Morfina —dijo Stevens—. Yo no soy agente actuando, sino simple escolta del señor Ferguson. Los evadidos de penal francés, son asunto que incumbe a Francia.

—Un chico que vale, ¿verdad? Y no es por cobardía por lo que habla así, sino porque solamente desea que su paloma esté tranquila. ¿Qué pasa, Marc?

—Jugamos con fuego, Guy. Cuando lleguen los mineros, verás cómo este policía nos la juega.

—Elige, doctor. Faltan aún tres semanas por lo menos, a pie. Verás cómo Ferguson nos da lo que le pidamos, con tal de perdemos de vista. ¿Qué dices, Tonia?

—Que sí. Yo puedo encender la fogata, pero hay bororós.

—Y sumamos cuatro pulsos buenos. ¿Verdad, poli? Dale el rifle que te sobra, Marc. ¡Anda, no seas remolón! El poli es joven, pero ha adivinado ya que si intenta tunanterías, yo mismo le metería plomo en la cresta.

Marc Seldom lanzó el rifle hacia Stevens, que lo recogió al vuelo, para reclinarlo contra un sillón.

—Pide socorro y caballos, Tonia. Y aconseja bien a tu futuro esposo, si no quieres quedarte viuda antes de tiempo. Os liquidaré al menor asomo de majaderías. Desde las rocas, en lo alto, la fogata se destacará bien, y los dos veréis también si hay bororós rondando. Sabes silbar, Tonia, si hay peligro a la vista. Andando los dos.

Ella y el médico saltaron fuera. Sentado contra la pared metálica, dijo el guayanés:

—Los mineros vendrán en cuadrilla de treinta, francés. Y yo mando

en ellos.

—Hazme un favor, tío meloso. No hables, porque estas botas que llevo son de gendarme, y al oírte, fíjate en las puntas. Se estremecen de ansia de partirte la boca. Yo no te voy a entregar como un paquete. Cuando se vean los caballos, te daré suelta, te daré un rifle y adiós. Búscalas, y nunca me busques. Llevo botas de gendarme, pero no lo soy. Pero por favor, tío pesado, cállate, porque estoy contento y no quiero que me enturbies la alegría.

Calló el guayanés. Stevens se sentó al lado de Ivory, mientras Marly tanteaba un respaldo, lo extendía y se arrellanaba.

Por la astillada ventana, veía el pedregal, en cuya cima, Tonia encendía restos de lona y maderas de la carlinga.

Preguntó Marly, sin mirar a la pareja:

—¿Hasta cuándo va a dormir el millonario?

—Unas dos horas, a lo sumo —replicó Stevens.

—El otro de la cabeza cascada, ¿quién es?

—Un colega mío.

—Los polis tienen la cabeza dura. Bien, ¿y qué tortolitos? ¿Sois novios desde cuándo?

Se prolongó el silencio. Repitió Marly:

—¿Desde cuándo, pequeña?

—No somos novios.

—¡Bah! Se nota que os queréis, o sea, que a casaros pronto, palominos. ¿O acaso el millonario no quiere a un poli por yerno? Vaya... La columna de humo se ha cortado tres veces seguidas. Esta Tonia es un talento. Habéis llegado como llovidos del cielo. Estábamos hartos de andar. Escucha, mozo... Te habrás dado cuenta de que, por lo que sea, me cae bien tu chica, en el buen sentido. Cuando lleguen los caballos, os vais, y asunto concluido. Yo no mataré, salvo que me obliguen para defenderme. Me bastará con que me deis un caballo, porque del dinero del millonario no quiero ni cinco. Cosas que pasan. Pero cuanto antes hable yo con el millonario, y a solas, mejor para todos. ¿No hay nada que le despierte?

—No tardará ya mucho.

—¡Oye! No me digas que aquello es un lavabo y tocador. Pues sí. Lo es. Y llevas el cutis muy repelado tú. ¿Tienes trastos de afeitarse?

—En la cartera.

—Préstamelos, y mientras me rapo las barbas, haz examen de conciencia. Pude dejar que el coronel te rajase. Y estás muy entero. Stevens abrió su cartera de documentación y sacó el estuche de aseo. Yendo hacia la cola del aparato truncado, indicó Marly:

—No estaría de más que mirases lo que hacen mis dos compañeros. Durante media hora, Marly ante un espejo estrellado, fue procediendo a afeitarse con esmero. Rota la tubería y el tanque de agua, usaba colonia.

Se miró, recién secado el rostro. Bronce duro, enjuto. Se peinó. A su regreso, vio complacido que la mirada de Yvory no reflejaba ya miedo, sino extrañeza.

—El pelo por la cara, pica... ¿Qué tartajea tu compañero?

—Delira. Está conmocionado.

—Ojalá se muera. Uno menos. ¿Y el millonario, qué? ¿Se piensa pasar la vida, como siempre, tumbado?

—Tiene una pierna rota y dos costillas hundidas.

—Pequeñeces. Yo tengo el espinazo más flexible que un junco, ¿y sabes por qué, mozo? Estuve picando piedras durante dieciocho años. Tu edad, pequeña. Oye, poli, métele un pinchazo de aguarrás o lo que sea al millonario. Tengo que hablar con él.

—No ha de tardar ya. Se ha movido un poco.

—Pues ya va siendo hora. Un tipo que nació con todo servido. Un tipo que si le dan una pala y un pico se creería que son utensilios de cocina de los años del mamut.

—¡Mi padre es tan hombre como usted pueda serlo!

Stevens miró alarmado a Marly, que alabó sonriente:

—Vaya con la pelirroja... Ya ha resucitado. Estas mujeres son la misma piel del diablo. ¿Te diste cuenta, mozo? Casi se me echa encima, porque le estaba yo cantando las cuarenta a Ferguson. ¡Eh, tú, millonario!

Ferguson se removía. A su lado, Yvory le abrazó. Dijo Stevens:

—Déjeme anunciarle al señor Ferguson lo sucedido.

—Hazlo, pero breve y bien.

Pasaron minutos. Poco a poco volvía en sí el millonario.

—Todo va bien, señor —manifestó Stevens—. El coronel mató a Duplessis, y quería explotar el invento por su cuenta, sacándole a usted un consentimiento de boda. Por suerte intervino un extraviado, que quiere hablar con usted. Escúchele, señor Ferguson.

Es francés, y por esto hablamos su idioma.

—Bueno, ya está bien. Lárgate tú y llévate a la pequeña —dijo Marly.

—¡No quiero irme! ¡No dejaré solo a mi padre!

—Va a ser peor para ti si escuchas, pequeña.

Harry Ferguson iba ya fijando los contornos. Había oído todo, pero hasta entonces no logró ver con claridad.

Stevens incorporó el respaldo del asiento. El financiero se quejó:

—Me duele el costado y la pierna.

—Pequeñeces, Ferguson —resumió Marly—. Vayamos al asunto. Se ha avisado ya gente para que traigan caballos y te transporten a tus minas. Pero llevo compañía que necesita caballos y dinero. Tú te salvas y tu hija también, a cambio de dinero y caballos. Y no firmes cheques para luego avisar a la policía que no paguen. Sería sucio y te costaría la piel. Estás atontado, ¿o qué?

—¿Quién es este hombre?

—Un fugitivo de la Guayana que busca la frontera. Nos salvó de una situación comprometida, estando en peligro Yvory. Es francés.

—Ya se lo dijiste, y ya se dio cuenta que no es sordo. Le he dicho a la pequeña que me deje hablar a solas contigo. Díselo ahora tú. Necesito hablarte de una florista.

Ferguson miró con repentina fijeza el semblante recién afeitado. Y balbució:

—Guy Marly...

—La fama es algo serio —silabeó Marly—. ¿De que me conoces tú?

—Yvory, vete con Stevens. ¡Te lo mando! ¡Stevens, sáquela a la fuerza, si es preciso!

Yvory se puso en pie, y no tuvo Stevens que emplear la fuerza. Salieron y pasó un largo intervalo de silencio. Por fin, dijo Ferguson:

—Guy Marly... Yo pensaba que estas coincidencias sólo se daban en las novelas folletinescas.

—La vida es un puro folletín diario —dijo Marly mientras iba empujando con la suela de la bota al guayanés—. Es asunto privado, mi coronel.

Logrado. Martinho rodó fuera de la carlinga.

Dijo Ferguson:

—Guy Marly... Ella me lo contó.

—Cuenta tú ahora. Ella cree que es tu hija.

—No quise decirle que me casé con Yvette cuando Yvory tenía solamente un año.

—Por mí, sigue y seguirá siendo única y exclusivamente tu hija, ¿comprendes? Eres millonario, y no le haría gracia a ella saber que yo soy... ¡Al grano! ¿Qué tal te habló de mí ella, Yvette?

—Nunca quiso creer que tú estrangulaste. Admitió que habías robado. Pero no quiso creer las pruebas. Yo leí la Prensa. Vi tu foto.

—Buena chica Yvette. Tiene gracia, Ferguson... ¡Ella estaba en lo cierto! ¡Yo no estrangulé al vinatero! Me limité a limpiarle los billetes. ¿Por qué habría de mentirte a ti? He picado piedras dieciocho años, Ferguson, y ya tanto me da picar cráneos como picar aceitunas. Te salvas, porque al parecer Yvette no las pasó mal contigo. ¿Le diste cuanto quiso?

Asintió Ferguson ceñudo.

—No te pongas triste, millonario. Luego le dirás a la pequeña que yo conocía a Yvette porque declaró a mi favor en el juicio. Y que por esta razón me metí de por medio en vez de dejar que el coronel se saliera con la suya. ¿Tendrás encima el carnet de cheques, no?

—¿Cuánto quieres?

—Para mí, cero con cero. Le diste a Yvette lo que quiso, ¿no? Ya basta para mí. Estamos saldados. Pero al médico le firmas un cheque por... ¿Te va bien diez mil pavos? De los tuyos, yanqui.

—Si no mataste..., ¡qué infierno ha sido tu vida!

—No pongas cara de caimán tristón. A lo tuyo. Firma un cheque, y recuerda... Lo deben cobrar sin pegas.

Resonó un grito agudo.

Corrió Marly hacia la salida, saltando fuera.

Dos balas fueron a incrustarse donde una fracción de segundo antes estaba su cuerpo.

Stevens luchaba a brazo partido con Luis Logrado, libre.

Tonia sujetaba por los codos a Yvory.

Marc Seldom disparó de nuevo desde su improvisado parapeto.

Marly saltó a un lado, encorvándose.

Stevens volteó por encima de sus espaldas al guayanés, que en el suelo sacó la pistola.

Disparó primero y repetidamente Stevens.

Arrodillado, Marly percibía que iba a perder el sentido. Siguió

arrastrándose.

Stevens vació el resto de su cargador hacia el médico, que, girando sobre sí mismo, soltó el rifle.

Tonia gritó:

—¡Quietos, o mato a la Ferguson!

Stevens tiró al suelo la pistola, y avanzó.

Por debajo de la axila de Yvory, Tonia asomaba un revólver.

—¡Glen, no! —gritó Yvory.

A tres pasos de las dos mujeres, Guy Marly cayó pesadamente de bruces, inmóvil.

Tonia Silverio repitió hacia Stevens:

—Quietos, o mato a la...

Yvory se contorsionó, pero la brasileña era atlética.

De pronto, desde el suelo, Marly efectuó un salto prodigioso en zambullida lateral.

Rodó por el suelo, empapando con su sangre a la mulata, mientras apretaba con fuerza el cuello femenino.

La mulata disparó a quemarropa.

\* \* \*

Montañas de piedras esperando a ser reducidas a fragmentos. Martillazos en monótono zumbido.

Pero ¿por qué los martillazos se los daban a él, en las sienes?

Guy Marly ignoraba que le habían sido extraídas dos balas de rifle torpemente disparadas por Marc Seldom, que se habían alojado en su hombro derecho.

Y dos balas de revólver, casi mortales, que Tonia Silverio le incrustó en el pulmón, segundos antes de morir estrangulada.

Y que la primera cura efectuada por Glen Stevens le había salvado de una muerte cierta. También ignoraba que el calendario marcaba el 29 de marzo.

Diecisiete días entre la vida y la muerte, a bordo de un yate particular.

El invento de Duplessis fue hallado. El guayanés Martinho, alias Logrado, tuvo por compañía en el último viaje sin retomo a Marc Seldom y a Tonia Silverio.

En Pernambuco, un yate particular fue fletado por Ferguson. A su

bordo, Stevens recibió un radiograma concediéndole un mes de licencia para «resolver asuntos personales».

Chick Parker, en la clínica de Pernambuco, opinó que «los asuntos personales de Glen Stevens» terminarían infaliblemente en boda.

En el yate, la tripulación creía que el enfermo era un accidentado en choque de coches. Tal fue la versión de Ferguson, al capitán. El médico fue contratado muy privadamente por Ferguson.

Y Stevens iba todas las mañanas a ver si Marly estaba en condiciones de conversar.

El 29 de marzo, Marly notó que en sus sienes los martillazos decrecían.

Abrió los ojos porque ya habían actuado los cordiales administrados por suero, primeramente, y después los alimentos líquidos por sonda gástrica.

Se miró los vendajes del torso y removió las piernas. Disponía de ambas piernas porque las tocaba, pero no las sentía.

Un camarote de barco. ¿Qué ocurría? Se abrió la puerta y entró Glen Stevens.

—Hola, Marly. ¿Me reconoce? No se esfuerce. Lleva diecisiete días en cama. Lo último que puede recordar se lo explicaré. Usted echó fuera a Logrado para que no oyera las confidencias de Ferguson. Pero Seldom y Tonia aprovecharon una falsa alarma, fingiendo avistar bororós, y lograron desatar al guayanés. Usted le salvó la vida a Ivory.

—Y tú eres el poli yanqui. ¿Qué sucio juego te traes entre cejas?

—Este yate es propiedad de Ferguson. Lo sé todo, Marly. Ivory, no. Ferguson cree plenamente que usted es inocente del crimen de que se le acusó y quiere emplear si es preciso toda su fortuna, para poder obtener un recurso de revisión, con mi ayuda.

—Dame la mano que la bese conmovido, muchacho. Voy a llorar de gratitud. Dile a Ferguson que seré su esclavo. Seguro que con sus millones me va a quitar las montañas de piedras que he picado.

—No esperé otra respuesta, Marly, y no le discuto el derecho. En su delirio ha hablado mucho, Marly. Tonia matando guardianes..., entre otras cosas. El caso es, Marly, que no puede usted moverse, y tardará al menos una semana en sostenerse en pie. Ha perdido mucha sangre y tiene un pulmón tocado. Bien... Ivory está deseosa de verle. Hasta ahora no la hemos dejado venir.

Marly cerró los ojos. Oyó los pasos yéndose, la puerta abrirse, y permanecer abierta. Y poco después, la voz femenina que se acercaba:

—Buenas tardes, señor Marly. Mi padre dice que usted no se ha merecido su destino. Que fue usted un buen compañero de mamá... Yo he venido a pedirle perdón, ya que fui dura con usted allá.

En la garganta de Marly se formaron varias palabras malsonantes, pero al abrir los ojos, miró extrañado a la que lloraba en silencio.

—Oye, pequeña... ¿Estabas pelando cebollas? Bueno, la hija de un millonario no sabe ni lo que son cebollas. ¿Conque el millonario de tu papá se mete en mi destino, eh?

—Usted muriéndose, me salvó, y salvó a Glen.

—Ahí es donde más me duele. ¡Caray, salvando yo a un poli! Bueno, ¿cuándo os casáis?

—Mi padre dice que soy muy joven todavía.

—¿Sí? Mándame a tu padre hacia aquí cuando salgas. Bueno, pues sí, es cierto que Yvette y yo éramos buenos amigos. Ella era toda una dama, ¿sabes? Yo le compré unas violetas, como tus ojos, como los ojos de ella, y ella siempre juró que yo no maté... Oye, pequeña, si vuelves a pelar cebollas te largas, ¿estamos?

—Sí, señor.

—Va bien, carita guapa. Date una vuelta por cubierta y envíame a tu millonario de papá.

Ella se levantó y, de pronto, inclinándose, besó en la frente a Marly, y salió presurosa.

Gruñó Marly:

—Entre todos quieren ponerme tierno. ¡Como si dieciocho años de...!

Entraba Ferguson cojeando, apoyado en un bastón. Cerró la puerta.

—Escucha, yanqui... Tu yate, tu dinero, tus chochees, tus lagrimones de caimán... lo coges todo junto, lo agitas y te lo bebes. A mí, si me quieres favorecer, que me lleven en una lancha a una isla desierta. Te advertí que debías jugar limpio. Y me das por enfermero a un polizonte.

—Hay una mujer entre nosotros dos, Marly. Cállate, por favor. Hablo yo. Ella era una muchacha virginal cuando por Nochebuena encontró a un hombre al que creyó un romántico solitario. Cuando yo quise casarme con ella, se negó. Tenía una hija, y el fruto de una

Nochebuena era su amor primero. Después venías tú... Por último, yo. Supe tragarme la pena, Marly, aunque no he picado piedras. Pasaron los años, y ella siguió teniendo como primer amor a Ivory, después yo y, por último, a ti. Se dio cuenta que iba a morir, y sin embargo...

—Puedes sentarte. Es tu casa flotante.

—... Y sin embargo, seguía creyendo en tu inocencia. Yo, no. Supe comprender su romántico extravío, pero a ti sin conocerte más que por las fotos de los periódicos, te odié. Murió ella. Me quedé solo con Ivory. No creo en fantasmas, pero muchas noches oía la voz de Yvette. Seguía jurándome que tú no podías haber matado. Después me hablaste. Y ella tenía razón.

—Y porque tengo razón también, me llevas al matadero, ¿no?

—Pero ¿es que no has oído nunca hablar de fraternidad, de bondad, de gratitud?

—Sí. También oí lo de Aladino y la lámpara maravillosa.

—La gratitud te la debo yo. La bondad la tenía Yvette. Y la fraternidad hay que creer en ella. Ayuda a vivir.

—¿Cómo has podido hacer millones con tanta blandenguería? Suerte que tu papi los ganó.

—Cuando conocí a Yvette, yo vendía aspiradores eléctricos.

—Ya... De vendedor de periódicos a millonario. Vayamos al grano. Yo tengo un asunto pendiente desde hace muchos años con un cerdo.

—¿El inspector Marcel Juvex? No parabas de mencionarlo en tu delirio. Es hora ya que sepas que Juvex, ante el jurado, declaró que por corazonada, no creía que eras responsable tú de asesinato. No podía demostrarlo, pero influyó su declaración privada, y por eso no te condenaron a muerte. Más tarde, Juvex dedicó mucho tiempo a tratar de hallar al verdadero asesino. No pudo. Murió hace dos años. Todo esto consta en el informe que me han remitido.

Tardó mucho en replicar Marly:

—Bien... ¿Para qué entonces quieres tú meterte en camisa de once varas pidiendo revisiones y monsergas? Déjame tranquilo y déjame que me largue cuando toquemos tierra sin peligro para mí.

—Antes de llegar a Miami estarás en pie, Marly. Glen Stevens se ha comprometido a facilitarte una documentación. Y yo quiero hacerte un préstamo.

—Soy mayorcito y sé ganarme la vida como picapedrero.

—Yvory ha tenido una idea genial. Faltan floristas franceses en Boston. Te presto el dinero para montar una tienda en Boston.

—No cabe duda que eres un romántico espantoso, Harry. ¿Tú me ves a mí cortando capullos de rosa y mojando rabos de nardo? Inventa otra cosa.

—Yvory dice que si no aceptas, te puede proporcionar... Mira, ella misma te lo dirá.

—Sí, porque en boca de mujer hay cosas que pueden tolerarse. De todos modos, gracias, Harry. No me moriré si te palpo la pala con la que firmas cheques.

La diestra del financiero crujió al apretón. Y mirándose, ambos sonrieron.

Había una mujer «entre los dos».

Poco después, Yvory vino a sentarse, removiendo inquieta los pies.

—Desembucha, pequeña.

—Cuando Glen y yo nos casemos, dice Glen que lo que yo he pensado no está mal, y aunque me forme un taco al explicarme, yo le quiero ver sonreír, señor Marly. Y es extraño, pero a veces me mira usted con tanto cariño, algo tan limpio, tan hondo..., que me siento con unas ganas enormes de llorar, porque... ha sufrido usted mucho...

—Esto va a ser la gran juerga. Cada vez que te eche la pupila encima, tú venga pelar cebolletas. ¿Y qué pensaste tú, que le pareció genial a tu Glen?

—Yo primero le enseño inglés, y usted se olvida de donde estuvo. Después, usted conduce mi coche, y así, Glen, estando yo con usted, no tendrá temor de que yo atropelle a nadie, ¿usted comprende? Pero no sería sólo mi chófer, sino también un buen amigo... que nos salvó la vida a Glen y a mí. Y pégueme una bronca, pero no lo puedo remediar.

Marly no dijo nada. Porque apretadamente contra su busto, susurraba ella entre sollozos:

—Padre no sabe... que yo sé... Ni lo sabrá, pero comprenda... que resulta difícil... darme cuenta... que tengo dos padres...

Guy Marly no sabía llorar.

Notó tan sólo que sus ojos ardían.

Y en sus fibras íntimas, allá donde su alma latió cierta Nochebuena

muy lejana, presintiendo una redención por amor, volvía a latir algo indefinible, que arañaba dulcemente, como una caricia amistosa.

—Va bien, pequeña. Me estás empapando la camiseta.

Ella le besaba tímidamente la mejilla.

Y fijos los llorosos ojos en la faz de labios trémulos que querían ser escépticos, sin lograrlo, murmuró ella:

—Me gustas mucho más cuando sonríes. Y no sé cómo llamarte.

—Guy, porque vamos a ser dos grandes compinches, pequeña. El viejo Harry nunca se arrepentirá de entregarme el volante de tu coche. Y nuestro secreto que lo sea siempre. Alza la diestra, escupe al suelo y repite conmigo: «Mil lepras al que traicione».

Ella intentó escupir, y solemnemente repitió el juramento de los apaches franceses de la Guayana.

Al irse ella, Marly cruzó apaciblemente las manos sobre el pecho, y susurró:

—Va bien, Yvette. Donde estés, ya lo sabes. Todos estamos en paz.

No importaba que París quedara muy lejos, y para siempre.

Llevaba todo el aroma de sus violetas y el encanto de sus atardeceres primaverales, en el alma, en la rediviva imagen de su único amor, y de su nuevo cariño por la hija de Harry Ferguson.

FIN



**Pedro Víctor Debrigode Dugi**  
(1914-1982)

es uno de los grandes autores de la novela popular española en su época de esplendor, aquella que va desde los años cuarenta hasta inicios de los años setenta del siglo XX, cuando la televisión cambia definitivamente los hábitos de consumo de la sociedad española. Fue autor de centenares de títulos en la amplia diversidad de géneros que caracterizaba esta manifestación cultural aunque destacó en el terreno de la novela de aventuras y de la novela policíaca.

Nació en Barcelona el 13 de octubre de 1914, siendo su padre francés y su madre corsa. Educado en un ambiente culto —su padre era ingeniero aeronáutico— tuvo una esmerada educación. Estudió la carrera de Derecho aunque no la pudo finalizar pues el año 36, viviendo en Santa Cruz de Tenerife, se vio alistado en las filas del bando nacional al inicio de la Guerra Civil; tras solicitar su traslado a la Península se vio envuelto en extrañas circunstancias que le llevaron a ser acusado de espionaje. Tras ser liberado por falta de pruebas, intentó pasar a Francia pero no lo consiguió siendo nuevamente detenido acusado no sólo de espionaje sino de abandono de destino y malversación de caudales. Tras pasar por

distintos penales y ser condenado, finalmente salió en libertad en octubre de 1945. Empezó a escribir desde la prisión y se casó por primera vez en 1949 teniendo cuatro hijas a medida que iba consolidando su dimensión de escritor profesional. La familia combinó la residencia en diversas poblaciones de Cataluña y se trasladó posteriormente a Santa Cruz de Tenerife. Desde 1957 hasta 1963 Debrigode se estableció en Venezuela donde trabajó como corresponsal de la Agencia France Press y como relaciones públicas de un hotel. Vuelto a España, su esposa falleció en 1967. Se volvió a casar en 1972 y fijó su residencia en La Orotava a partir de 1974; falleció en febrero de 1982 a la edad de sesenta y ocho años dejando tras de sí una ingente producción literaria.

Utilizó un amplísimo abanico de pseudónimos aunque los más importantes fueron Peter Debry —con él creó la mayoría de su narrativa policíaca y del oeste— y Arnaldo Visconti —con esta máscara presentó toda su narrativa de aventuras— pero también firmo sus obras como P.

V. De

brigaw, Arnold Briggs, Geo Marvik, Peter Briggs, v. Debrigaw, y Vic Peterson.